

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,

Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARIA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona,

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

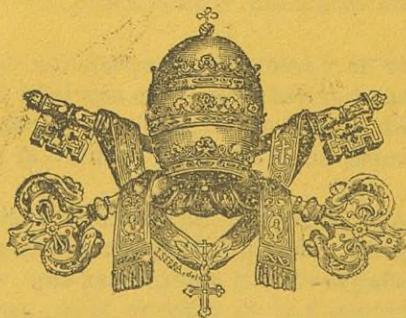
doctor en sagrada Teología:

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE ROJO

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR, N.º 24 Y 26,

1871.

Veáse el aviso del dorso.

Entregas 43 y 44.

L47
2869

P. 10. IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

DE LOS SEÑORES Y CINCO PRIMEROS ASES DE SU CRISTO FONTECADA.

RELACIONES POR EL CATEDRÁTICO

D. EDUARDO MARIA VILARRASA

D. EMILIO ROBERTO CERRA

IMPRESA Y ESTABLECIMIENTO EDITORIAL

Encomendado a...

Barcelona, 1900

tranquilamente. Por la mañana antes de amanecer se hicieron partir exploradores, y como el enemigo no se dejaba ver ni contestaba en ningun punto, ocupáronse los Capuchinos. La caballería partió en busca del enemigo, y entrando el ejército en la ciudad, acampó á derecha é izquierda de la carretera de Terracina.

«Pocas pérdidas tenemos que deplorar en esta accion. Tuvimos cien muertos y heridos, mientras que se recogieron en el campo de batalla un gran número de muertos y heridos napolitanos, sin contar otro gran número de muertos que fueron echados en las sepulturas de las iglesias. Hemos cogido treinta prisioneros.

«El enemigo ha experimentado grandes pérdidas, si hemos de dar crédito á los hombres mas notables de Velletri, que aseguran que los napolitanos se llevaron un numeroso convoy cargado de heridos.

«El territorio de la República fue evacuado por el enemigo, que habia penetrado en él por aquella parte, y nuestro bisono ejército puede contar una nueva victoria en esta breve expedicion.—El jefe de Estado mayor, Pisacane, coronel.—El general en jefe, Roselli.»

Se ve claramente, por mas empeño que hubiera por parte del general Roselli en desfigurar el hecho, que la gloria no habia sido para las tropas romanas, sino para las del Rey de las Dos Sicilias. Todo hacia comprender que aquel simulacro de república establecido en Roma como fin de los trabajos de las sociedades secretas tocaba á su ocaso. En el horizonte de la Ciudad santa empezaba á vislumbrarse la aurora del claro y refulgente dia del triunfo del derecho y de la justicia.

Fijemos ahora nuevamente la atencion en Mr. Lesseps, y veamos cuál era la posicion en que se hallaba. Contra él se habia formado en Roma un poderoso partido, que no solo estaba dispuesto á rechazar toda proposicion en sentido conciliador, sino á quitarle la vida. Mr. Lesseps, que no pecaba de valeroso, apenas tuvo conocimiento de lo que se tramaba quiso poner su vida á cubierto de cualquier atentado, y se retiró á la *villa* Santucci, donde se creyó seguro, no sin remitir antes á las autoridades romanas una carta llena de acusaciones concebida en los términos siguientes:

«Señores presidentes, vicepresidentes y miembros de la Asamblea general.

«En la gravedad de las circunstancias actuales y en el momento en que va á terminar de un modo fatal una crisis que abatirá ó ensalzará para siempre la bandera italiana, tengo que cumplir un último deber, cual es el de manifestar públicamente la verdad, como ya la he manifestado á mi Gobierno.

«El público se ha ocupado mucho de mí, se inquieta y se agita, y los heroicos ciudadanos de Roma conocen perfectamente, con el instinto popular que distingue á las masas, que hay álguien que les engaña.

«Yo, el hombre de la paz, de la verdad y de la humanidad, tengo en mis manos la prueba de que se me designa al puñal del asesino como la causa de la agitacion y de la inquietud públicas, y como no pretendo ser un obstáculo para nadie, y á fin de dejar al país, á la Asamblea, al poder constituido la entera libertad de reflexionar, de discutir y resolver, me retiro por algunos dias al cuartel general del ejército francés, desde donde, de acuerdo con el general en jefe, velaré eficazmente por la seguridad de mis compatriotas pa-

cíficos que permanecen en Roma. Cuando se habrá perdido toda esperanza, vendré yo mismo á buscarles, si es posible, gritando entre tanto: *¡Desgraciada de la Ciudad eterna, si se toca un solo cabello de un francés ó de cualquier otro extranjero!*

«Por todas partes se me ha preguntado: ¿Cómo pretendéis que os recibamos como amigo, si no nos dais prenda alguna patente y pública?»

«La forma de nuestras instituciones, la política muy poco encubierta del país del cual soy la expresion y el órgano, podian, para evitar complicaciones, dispensarnos de producir dicha prenda; mas ya que está en el interés de todos abrir los ojos á los que no ven, poner á los malvados en la imposibilidad de ofender, sustraer á la sana mayoría de la poblacion de la influencia del jefe que la engaña, que la oprime, y que en caso necesario sabria, haciendo vibrar diestramente la cuerda patriótica, provocar una demostracion unánime para *el triunfo de la mas detestable de las causas*, produzco á la luz del dia la prenda tan solicitada, tan deseada por los verdaderos romanos, los únicos que quedarían perdidos con la ruina de su país. Semejante prenda, por la cual, en interés de toda sociedad, no vacilo en comprometer mi responsabilidad y mi porvenir, héla aquí:

«La república francesa garantiza contra toda invasion extranjera los territorios de los Estados romanos ocupados por sus tropas.

«Este artículo, añadido á las tres proposiciones que os han sido sometidas, confundirá á nuestros enemigos interiores y exteriores, y convencerá á los mas incrédulos. La suerte de vuestro país está en vuestras manos; no falteis á vuestros deberes, así como tampoco faltaremos á ellos, ni el ejército francés, ni su jefe, ni el ministro conciliador. No perdais un tiempo precioso, *y si teneis en Roma un traidor, al cual perdono y al que vosotros perdonaréis tambien, buscadle y le hallaréis.* — Firmado: Fernando de Lesseps.»

El enviado de Francia creyó que la carta que acababa de leerse iba á producir un gran efecto en Roma, y que aludiendo, como claramente aludia, á Mazzini al indicar el traidor que perdonaba y que hallarian en Roma si le buscaban, se atraia así las voluntades; pero se equivocó, y su escrito fue recibido y leído con desprecio. Tampoco se habia descuidado Mr. Lesseps al abandonar á Roma el dejar instrucciones á sus compatriotas residentes en la Ciudad eterna. Hé aquí el aviso que les dejó:

«Durante mi breve ausencia, el pabellon francés continuará ondeando en mi palacio, lo mismo que en todos los establecimientos públicos franceses, y aun, si así lo deseais, en las ventanas de vuestras habitaciones. Por todas las reclamaciones que tengais que remitirme, dirigíos á Mr. de Gerando, á quien autorizo para socorrer de un modo eficaz á todos aquellos de entre vosotros que carezcan de medios de subsistencia. Sed prudentes y reservados con todos, y confiad en mi vigilancia, que no pierde por un momento de vista vuestros intereses y los del país.»

Desde entonces pudo verse que Mr. Lesseps se separaba completamente de la conducta que le habia sido trazada por su Gobierno, y no aparecia ciertamente como el enviado de una potencia católica.

Entre tanto que estas cosas ocurrian, el ejército austríaco, que ya se habia apoderado de Bolonia, se preparaba para hacer un movimiento sobre la capital. La Francia se habia propuesto ser la única potencia que interviniera en los asuntos de la Ciudad eterna, y creyó contrario al honor y dignidad de

sus armas el dejar intervenir á otros ejércitos. Así, pues, el general Oudinot se apresuró á dirigir al general de las tropas austríacas la siguiente carta:

«General:

«Acabo de saber que habeis llegado á Perugia con parte de vuestras tropas, y que tratáis de continuar vuestra marcha adelantando, poniéndoos en comunicacion en los Abruzzos con el ejército napolitano: con este motivo debo recordaros que el ejército francés empezó solo el sitio de Roma, que está en vísperas de apoderarse de Ponte-Molle, y que por consiguiente está en comunicacion con los caminos de Florencia y de Ancona. Estoy resuelto á hacer adelantar mi ejército en esa direccion; suspended, pues, vuestra marcha; así lo exige el honor de vuestras armas.

«He aprendido en los campos de batalla á honrar á las tropas austríacas; mas, en este momento, cualquiera demostracion que hiciesen por su parte contra Roma pareceria ofensiva ú hostil á la Francia, y si nuestros soldados se hallasen frente á frente en semejantes condiciones, podrian resultar conflictos que ambos debemos sinceramente evitar.»

El general austríaco, apenas hubo recibido esta carta, detuvo la marcha de sus tropas, quedando el ejército francés dueño de la mayor parte de los Estados romanos.

Los romanos, ó mejor dicho los defensores y dominadores de Roma, continuaban poniendo en práctica todos los medios posibles de resistencia, y levantaban por todas partes formidables barricadas, destruyendo todo lo que se podia oponer á sus designios, sin perdonar magníficos arbolados y suntuosos palacios, entre ellos el Lucernari-Torlonia, el de Patrizzi, histórica residencia de un gran Papa y de un rey de Nápoles; tambien fue destruido el pabellon adornado con frescos de Rafael y sus discípulos, y un gran número de edificios inmediatos al castillo de San Ángelo, como asimismo el hospital del Espíritu Santo, y otros muchos edificios que seria prolijo el enumerar.

En medio de aquel desórden y de tan incua devastacion, hubo un hombre intrépido, al que se debió la conservacion de preciosos tesoros artísticos que son la gloria de Roma, y que aquellos vándalos de la revolucion se habian propuesto destruir. Este intrépido defensor de las riquezas artísticas de Roma, que mas de una vez expuso su vida para disputar á la tea incendiaria preciosos monumentos, se hizo acreedor á que su nombre quede consignado en las páginas de la historia. Era el comendador Visconti, que con su noble conducta mereció bien de la Religion y de las artes.

Entre tanto el ejército expedicionario continuaba sus movimientos, y la Asamblea constituyente romana recibia de Mr. Lesseps otra comunicacion, demostracion tangible de lo que antes decíamos, esto es, de que se separaba completamente de la línea que le habia sido señalada por el Gobierno francés. Esta comunicacion, cuyo motivo se verá en la misma, fue entregada en forma de *ultimatum* á las autoridades de Roma por el secretario de Mr. Lesseps. Estaba concebida en los siguientes términos:

«El abajo firmado, Fernando de Lesseps, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la república francesa, en mision en Roma.

«Considerando que la marcha del ejército austriaco en los Estados romanos altera la situacion respectiva de las tropas francesas y del ejército romano;

«Considerando que avanzando los austríacos sobre Roma podrian apoderarse de posiciones amenazadoras para el ejército francés;

«Considerando que la prolongacion del *statu quo* en que habia consentido el general en jefe, Oudinot de Reggio, podria ser perjudicial al ejército francés;

«Considerando que no le ha sido dirigida otra comunicacion alguna, desde la última nota de fecha de 26 del corriente;

«Invita á las autoridades y á la Asamblea constituyente romanas á decidirse sobre los artículos siguientes :

«Artículo 1.º Los romanos reclaman la proteccion de la república francesa.

«Art. 2.º La Francia no niega á los pueblos romanos el derecho de pronunciarse libremente sobre la forma de su Gobierno.

«Art. 3.º El ejército francés será acogido por los romanos como un ejército amigo; tomará los acantonamientos que juzgará convenientes, así para la defensa del país como para la salubridad de sus tropas, y permanecerá extraño á la administracion del país.

«Art. 4.º La república francesa garantiza contra cualquiera invasion el territorio ocupado por sus tropas.

«En su consecuencia, el abajo firmado, de acuerdo con el general en jefe Oudinot de Reggio, declara que en el caso de no ser inmediatamente aceptados los anteriores artículos, considerará su mision como terminada, y el ejército francés recobrará toda su libertad de accion.

«Hecha en el cuartel general del ejército francés, en Villa-Santucci, en 29 de mayo de 1849. — Firmado: Fernando de Lesseps. — Refrendado: Oudinot de Reggio.»

Los defensores de Roma se reunieron para deliberar la contestacion que debia darse al *ultimatum* de Mr. Lesseps. Mas como quiera que el objeto principal que se proponian era ganar tiempo, preguntaron al enviado francés qué sentido se proponia dar á estas frases: «En el caso de no ser *inmediatamente* «aceptados los anteriores artículos, considerará la mision como terminada, y «el ejército francés recobrará toda su libertad de accion.»

La contestacion de Mr. Lesseps no se hizo esperar. Les manifestó que á pesar del adverbio *inmediatamente* que habia usado, se concedia para admitir ó reclamar el *ultimatum* un plazo de veinte y cuatro horas, que debia espirar el dia 30 á la media noche.

Mientras tanto se esperaba la decision de los romanos, el General en jefe, que no permanecia un solo momento en la inaccion, establecia un punto avanzado en la basílica de San Pablo, situada en el camino de Ostia y á dos millas de la puerta de Roma; y allí para intimidar á los romanos hizo ostencion de las considerables fuerzas que mandaba, revistándolas á su vista.

El 30 de mayo el general Oudinot activaba en todos los puntos sus preparativos de ataque, cuando Mr. de Lesseps que los presenciaba le remitió la siguiente nota:

«En el caso que juzgueis que debéis tomar por sorpresa ó de cualquier otro modo posiciones en el interior de la ciudad de Roma y tambien en las inmediaciones de su recinto, sin haberos previamente puesto de acuerdo conmigo, creo de mi deber haceros el único responsable de las consecuencias políticas que puedan resultar. Hasta el momento en que se reciban órdenes del

Gobierno, ya desaprobando, ya aprobando mi conducta, mi mision no puede consentir que adopteis solo y sin consultar conmigo determinaciones ó medidas militares que comprometerian á nuestro Gobierno, haciéndole entrar en una senda que cree funesta.»

El presidente de la Asamblea romana y los miembros del Municipio contestaban en el mismo dia á Mr. Lesseps, manifestándole su ilimitada confianza en la sabiduría del triunvirato para evitar que la Francia desempeñara respecto de Roma el papel del Austria y terminar de una vez los horrores que pesaban sobre una ciudad *tranquila*, emporio de los monumentos y de las artes. Así se atrevian á hablar los que habian robado la tranquilidad y habian destruido y seguian destruyendo las mejores obras de arte y mas preciosos monumentos que la ciudad encerraba. Á estas declaraciones seguia el siguiente contraproyecto firmado por el triunvirato :

«Artículo 1.º Los romanos, llenos de fe, hoy como siempre, en la amistad y en el fraternal apoyo de la república francesa, reclaman la cesacion de las apariencias de hostilidad, y el establecimiento de las relaciones que deben ser la expresion de este fraternal apoyo.

«Art. 2.º Los romanos tienen por garantía de sus derechos políticos el artículo 5.º de la Constitucion francesa.

«Art. 3.º El ejército francés será considerado por los romanos como un ejército amigo, y acogido como á tal, de acuerdo con el Gobierno de la república romana, tomará los acantonamientos convenientes tanto para la defensa del país, como para la salubridad de sus tropas, y permanecerá extraño á la administracion del país.

«Roma es sagrada, así para sus amigos como para sus enemigos.

«La ciudad de Roma no va comprendida en los acantonamientos que elegirán las tropas francesas; su valerosa poblacion es para ella la mejor salvaguardia.

«Art. 4.º El ejército francés garantiza contra toda intervencion extranjera el territorio ocupado por sus tropas.—Armellini, Mazzini, Saffi.»

La Francia no podia aceptar este contraproyecto tan contrario á su honor y á la dignidad de su ejército. Como se ve, los triunviros persistian firmes en negar la entrada en Roma al ejército francés, y en cierta manera suponian á aquel Gobierno el reconocimiento tácito de una república no reconocida por nadie. En poco estuvo que Mr. Lesseps no estampara su firma al pié de aquel descabellado proyecto; pero dió el encargo al comandante Espivent de comunicarlo al general Oudinot, junto con el siguiente *memorandum* :

«Habiendo salido de París bajo la influencia de la accion del 30 de abril, y venido para tratar con las poblaciones romanas, no tengo necesidad de recordar que nunca he querido ni sufrido que se pudiese separar mi causa de la de mi Gobierno y del digno jefe del ejército francés. No se me ocultaban los obstáculos que deberia allanar para persuadir de que las disposiciones del Gobierno de la república y de su general eran las mismas antes del 30 de abril que despues de esta fecha; *mas hoy lo he conseguido*.

«Estoy dispuesto á firmar inmediatamente, salvo algunas modificaciones y la eliminacion del artículo 2.º el contraproyecto enviado por el triunvirato y aprobado por la Asamblea constituyente romana, como tambien por los senadores y conservadores de la Municipalidad de Roma, en la conviccion de que semejante acto afirma para siempre en Italia la influencia francesa, y con-

serva ileso el inmaculado honor de nuestro ejército y de nuestra gloriosa bandera.»

Diferentes eran los pensamientos y las ideas del general Oudinot. Los deseos de este eran concluir de una vez con los dominadores de la Ciudad eterna y recibir órdenes mas terminantes de su Gobierno, que las que hasta entonces le habian sido comunicadas. Leyó con la calma de la reflexion así el contraproyecto como el *memorandum* de Mr. Lesseps, y exclamó en un arranque de su proverbial honradez: «Jamás firmaré página tan vergonzosa para la «Francia;» y haciendo uso de su autoridad, invitó á Mr. Lesseps á que se presentase á dar explicaciones ante un consejo de guerra convocado para ello.

El historiador Balleydier, cuyas imparciales narraciones nos vienen ayudando para seguir la historia de la sacrílega revolucion de Roma nos da los pormenores siguientes acerca de lo acontecido en el consejo de guerra:

Á las cuatro hallábanse reunidos en el cuartel general los generales todos, bajo la presidencia del duque de Reggio, ofreciendo la sesion un carácter grave y solemne en vista de los acontecimientos que se preparaban. No tardó en presentarse Mr. de Lesseps, y su mirada incierta, su embarazado continente probaban claramente que conocia iba á cometer una accion contraria á los verdaderos intereses del país de que era mandatario. Á su vista tomaron un carácter severo y establecióse un profundo silencio; el Ministro plenipotenciario fue el primero en romperlo, y despues de exponer la respectiva situacion de ambos ejércitos, de leer los varios documentos que servian de base á sus negociaciones, y de haber alegado la carencia de órdenes de parte de su Gobierno, insistió con vigor en la necesidad de esperar y de temporizar. Los generales protestaron contra esta política expectante, y muchos, arrastrados por la franqueza del soldado, manifestaron su indignacion con enérgicas expresiones.

La lealtad militar se colocaba francamente entre el honor de la Francia y los efugios de una política antinacional. «¡Esperar! exclamó uno de ellos con reprimida cólera; ¡esto es, esperar la estacion de los calores y de las fiebres, que antes de quince dias se presentarán en nuestro campamento exigiendo sus víctimas! ¡esperar que la piedad de nuestros enemigos, socorridos con ese aliado inatacable, nos dé por gracia las mortajas para envolver los cadáveres de nuestros soldados diezmados! Bastante hemos esperado, Señor ministro; y cuidad de que un dia la Francia no os pregunte, como los romanos á Varron, *lo que habeis hecho de sus legiones.*»

El Ministro plenipotenciario contestó:

«Para evitar la mórbida influencia que con razon temeis, ¿quién nos impide hacer retroceder nuestras líneas, trasladar nuestro cuartel general á Frascati, y acampar nuestras tropas en las sanas campiñas de Albano y de Tivoli? ¿Por ventura dejaríamos de ser de este modo los verdaderos dueños de Roma, rodeándola en vez de ocuparla? Si así lo haceis, el Gobierno de la república, que solo desea vuestra entrada en Roma si sois llamados por los habitantes, os dará gracias algun dia por haber contribuido con la prudencia de vuestros consejos al triunfo de la verdadera, de la gran política, sin mezcla de mezquinas cuestiones de amor propio personal y de vanagloria.»

El General en jefe tomó á su vez la palabra, y dijo: «Confieso, caballero, que necesitaré de todo mi valor para contestar con sangre fria á tan extrañas palabras, pronunciadas, sin embargo, por labios franceses. Nos preguntais,

caballero, continuó, dirigiéndose al Jefe plenipotenciario, ¡quién nos impide hacer retroceder nuestras líneas, abandonar nuestra base de operaciones por lugares mas apartados de Roma! voy á deciroslo: nos lo impide el interés de la Francia, que nosotros tambien representamos con la espada, al paso que vos creéis representarla con la palabra; la Francia dirá dentro de poco quién entre la palabra y la espada la sirvió mejor. Mientras tanto, el honor del nombre francés, la gloria de nuestras armas, exigen que el pensamiento de la Francia se explique libremente en el Capitolio. Tomar acantonamientos fuera de Roma seria en cierto modo proclamar nuestra impotencia. Circunvalar una ciudad no es hacerse dueños de ella, y no se ocupa verdaderamente hasta el dia en que la bandera de la patria ondee en lo alto de su mas elevada torre. En cuanto á lo que habeis dicho de lo grande de la verdadera política sin mezcla de mezquinas cuestiones de amor propio personal y de vanagloria, apelamos para el porvenir al juicio de la historia, y para el presente á la decision de nuestro Gobierno. En tanto, declaro en nombre de todos mis compañeros de armas que nuestra adhesion á vuestros proyectos seria una vergüenza y una cobardía.»

Todos los generales presentes al consejo apoyaron tan enérgico lenguaje, y Mr. de Lesseps, aislado en su gran *politica*, se retiró inmediatamente, sin que ni una sola voz se elevase para detenerle. Si el silencio de los pueblos es la leccion de los reyes, el silencio de los soldados es tambien á veces la leccion de los diplomáticos.

Durante la noche tuvo lugar una segunda escena no menos violenta. El plazo señalado para la reapertura de las hostilidades iba á espirar, y el General en jefe habia dado sus últimas órdenes para ocupar simultáneamente á las tres de la mañana el Monte Mario, el Ponte-Molle, las *villas* Panfil y Corsini, y la iglesia de San Pancraccio; las tropas encargadas de la ejecucion de estas varias operaciones esperaban con el arma al brazo el momento de obrar, cuando Mr. de Lesseps suplicó al duque de Reggio que expidiese una contraórden por exigirlo así el honor de la Francia. Una duda se habia elevado en su mente: no habia participado por escrito y de un modo bastante preciso á las autoridades romanas la reapertura de las hostilidades, y «en semejante estado de cosas, dijo, un ataque por parte del ejército francés seria considerado por la Europa entera como una sorpresa incompatible con las reglas del derecho de gentes.»

Esta nueva complicacion ponía en grave compromiso al general Oudinot, colocado entre dos alternativas sin medio alguno para evitarlas: ó suspender la ejecucion de los movimientos cuyo éxito era infalible, ó revelar al ejército, impaciente por salir de su inaccion, la existencia de disentimientos que habrian podido tener funestísimas consecuencias. Despues de una discusion muy acalorada, y á pesar de que por su parte habia mandado prevenir á las avanzadas de la continuacion de las hostilidades, resignóse generosamente á dar la órden de suspender la ejecucion de las medidas que en interés de la gloria militar y nacional acababa de tomar con los diferentes jefes de servicio (1).

Afortunadamente se acercaba la hora de la justicia en que habia de caer por tierra el castillo de náipes levantado con el nombre de república romana, para dar paso al derecho, y con él á la paz y tranquilidad tan anheladas.

(1) Balleydier, *Obra citada*, t. II, pág. 125 y sig.

CAPÍTULO XXXIII.

CONTINUACION DE LOS SUCESOS DEL SITIO DE ROMA.

— TERMINA LA MISION DE MR. DE LESSEPS.

No era ya posible á los defensores de Roma continuar por mas tiempo en su sistema de resistencia á las tropas francesas, y estaban convencidos, aunque otra cosa manifestasen en sus repetidas proclamas, que el poderoso ejército que sitiaba á la ciudad penetraria en ella y la dominaria, bien fuera por medio de tratados, bien por la fuerza de las armas. La ocupacion del monte Mario, uno de los puntos mas estratégicos que se halla situado detrás de San Pedro, por los franceses fue causa de mucho desaliento para los que se jactaban de invencibles. Como quiera, pues, que Mr. Lesseps hubiese vuelto á Roma el 31 de mayo con el objeto de hacer la última tentativa, y presentase á los triunviros sus últimas proposiciones, estas las manifestaron á la Asamblea constituyente, la que se reunió en secreto, y adoptó en seguida, por mayoría de votos, el tratado siguiente:

«Artículo 1.º El apoyo de la Francia queda asegurado á las poblaciones de los Estados romanos, las que consideran al ejército francés como á un ejército amigo que viene á contribuir á la defensa de su territorio.

«Art. 2.º De acuerdo con el Gobierno romano, y sin mezclarse en nada en la administracion del país, el ejército francés tomará los *acantonamientos exteriores* convenientes, así para la defensa del país, como para la salubridad de las tropas.

«Las comunicaciones serán libres.

«Art. 3.º La república francesa garantiza contra cualquiera invasion extranjera los territorios ocupados por sus tropas.

«Art. 4.º Se entiende que el presente tratado deberá someterse á la ratificación de la república francesa.

«Art. 5.º En ningun caso podrán cesar los efectos de este tratado, hasta quince dias despues de la comunicacion oficial de la no ratificacion.»

Inmediatamente partió Mr. de Lesseps al campamento, llevando tres copias del desdichado tratado. Llegó á las altas horas de la noche al cuartel general, y en ocasion en que el duque Oudinot de Reggio descansaba vestido en su lecho. Un ayudante de órdenes le anunció la llegada del plenipotenciario. Este entró, y al verse en la presencia del General, exclamó: «Por fin, hemos «terminado,» y sin añadir una palabra mas dió principio á la lectura del tratado; pero al llegar al artículo 2.º y oír Oudinot que el ejército francés tomaría los *acantonamientos exteriores*, saltó de su lecho, siendo tanta su indignacion, que estuvo en poco no tirar de la espada para hacer un escarmiento en el mal diplomático que con tanta facilidad aceptaba la humillacion de la Francia. «¿Sois francés, caballero? le dijo con ira reconcentrada, ¿representais á la Francia, y teneis la audacia de haber sufrido semejantes condiciones? ¿Y os atreveis á traerlas á nuestro campamento?» Mr. Lesseps no contestó palabra: firmó, dejó en la mesa uno de los tratados, y se retiró encolerizado.

El General tomó la pluma y escribió la siguiente carta que la envió á los pocos momentos:

«Señor Ministro plenipotenciario:

«Desde el 17 de este mes habeis paralizado todos los movimientos del cuerpo expedicionario que está á mis órdenes.

«Me pedisteis con instancia que la tregua prometida verbalmente por vos á las tropas romanas se prolongase hasta que el Gobierno enviase su contestacion á los despachos y comunicaciones de que fue portador Mr. de Latour-d'Auvergne, y á pesar de que me hallaba convencido de que tal dilacion era muy perjudicial á las operaciones militares, accedí á vuestro deseo, á fin de evitar entre nosotros hasta las apariencias de un disentimiento.

«Durante todo este tiempo, las tropas romanas han podido dirigirse á todos los puntos que creian de su interés hacerlo, al paso que yo he limitado mis operaciones en la parte del territorio que tiene á Civitavecchia por base. El dia 29 de este mes propusisteis á las autoridades romanas un *ultimatum*, cuyos términos acepté, sin embargo de que algunas de las condiciones que en él mismo se estipulaban estuviesen muy léjos de satisfacerme completamente.

«Aquel mismo dia me escribisteis desde Roma, que, segun todas las probabilidades, el *ultimatum* iba á ser aceptado; y esta noche, contra todas las probabilidades, á pesar de lo que dijisteis anteriormente, me manifestais haber firmado con la república romana otro tratado en el que esperábais que pondría mi firma.

«Semejante tratado está en oposicion formal con las instrucciones que he recibido, y lo creo contrario á la voluntad de mi Gobierno; por lo tanto, no solo no le doy mi asentimiento, sino que lo considero como si no hubiese existido, y así me veo obligado á declararlo á las autoridades romanas.

«Cuando el Ministerio haya manifestado, á consecuencia de la mision de Mr. de Latour-d'Auvergne, sus últimas intenciones, me conformaré á ellas

escrupulosamente; mientras tanto, tengo el sentimiento de hallarme imposibilitado de concertar en adelante mi accion política con la vuestra.»

Al mismo tiempo el General escribió á los triunviros, diciéndoles: «Esta mañana he tenido el honor de manifestaros que aceptaria en cuanto á mí el *ultimatum* que os fue remitido por Mr. de Lesseps en 29 de este mes.

«Con gran admiracion mia, Mr. de Lesseps, á su regreso de Roma, me ha traído una especie de tratado en completa oposicion con el espíritu y las bases del *ultimatum*. Mi conviccion es que al firmarlo Mr. de Lesseps se extralimitó de sus poderes, y como las instrucciones que he recibido de mi Gobierno me prohiben formalmente asociarme á este último acto, lo considero como no existente, y así debo declararlo sin pérdida de momento.»

Vistas las disposiciones de Mr. de Lesseps, para el que es indudable tenían simpatía los dominadores de la Ciudad eterna, los triunviros se gloraban de haber hecho un tratado que seria admitido y ratificado, y que tan conveniente era para ellos como humillante para la Francia. Así, pues, la carta del general Oudinot cayó como una bomba entre ellos. Arrebatado por la ira Mazzini, tomó la pluma para contestar al General en su nombre y el de sus compañeros, manifestándole la extrañeza que les causaban las diferencias que habian surgido entre él y el ministro plenipotenciario, y que creían que el tratado, segun ellos, era conforme á la intencion de la Asamblea francesa, y concluía por advertirle que el triunvirato no era responsable de las graves consecuencias que pudiesen resultar, aunque esperaba que todo quedaria allanado pacíficamente.

No habia quien apartase á Mr. de Lesseps de la senda que se habia trazado; y ganoso de que el Gobierno francés aprobase el tratado, se puso en camino para París, no sin haber antes escrito á los triunviros, diciéndoles que la convencion habia sido celebrada en virtud de las instrucciones que tenia, las que le autorizaban á consagrarse exclusivamente á las negociaciones, y á establecer relaciones con las autoridades romanas.

Por su parte, no se descuidó el duque de Reggio, el cual envió á París un general fiel y leal, Regnault de Saint-Jean-d'Angely con una carta para el Gobierno. Á haberse tardado un poco, no hubiera sido necesario este paso, pues que al poco tiempo de haber salido para Civitavecchia aquel general, Oudinot recibió un parte telegráfico en que se le mandaba obrar con energía. Hé aquí ambos documentos:

Carta dirigida por el general Oudinot al Gobierno francés.

«Aunque la direccion atribuida á Mr. de Lesseps desde su llegada estuviese en completo desacuerdo con vuestras instrucciones de 8 de mayo y despachos ulteriores, he considerado un deber evitar hasta la apariencia de disentimiento con un agente que habia recogido el último pensamiento del Gobierno.

«Dominado por semejante consideracion, todavia esta mañana he declarado que estaba pronto á aprobar el *ultimatum* dictado por Mr. de Lesseps en fecha de 2 del actual mes.

«Este diplomático me ha dejado, firmemente resuelto á negarse á todas las modificaciones que quisieran introducirse en dicho *ultimatum*. Esta tarde me ha presentado para que lo firmara el convenio adjunto entre él y el Gobierno de la república romana. Cuando comparo semejante acto con las declaracio-

nes que me habeis encargado hiciera á mi llegada á este país, mi honor y mi razon me prescriben, señor Ministro, que me niegue á suscribirlo. De consiguiente dirijo á Mr. de Lesseps y al Triunvirato las protestas que acompaño de números 1 y 2.

«Conozco, señor Ministro, toda la gravedad de esta nueva situacion. Aguardo que el próximo regreso de Mr. Latour-d'Auvergne debilitará sus consecuencias. Creo que ilustrado vos por este último agente diplomático, me daréis órdenes positivas que facilitarán el cumplimiento de mi mision. Como quiera que las nuevas circunstancias que acaban de producirse son de tanta gravedad, he creído necesario, señor Ministro, confiar al general de division Regnault d'Angely el encargo de enterar de las mismas, tales cuales son, al Gobierno.

«Este oficial general forma parte del cuerpo expedicionario desde su entrada en Italia. El mismo puede tambien ilustraros sobre aquellos acontecimientos en los cuales ha tomado una parte directa. Seguro de que os dignaréis dispensar á sus palabras toda la confianza que ellas merecen, evito entrar aquí en detalles que serian superfluos.»

El parte telegráfico que un correo llevó al general Oudinot, segun antes hemos indicado, estaba concebido de la manera siguiente:

«El Ministro de Negocios extranjeros al general Oudinot.

«Toda nueva dilacion seria funesta con motivo de la proximidad de la estacion de las fiebres; la via de las negociaciones ha acabado ya; la mision de Mr. de Lesseps queda terminada; confirmamos nuestra anterior comunicacion relativa al general Vaillant.

«Concentrad vuestras tropas, y entrad en Roma luego que el ataque os presente la casi certeza del triunfo.

«Si careceis de medios de ataque, participádmelo inmediatamente.»

Este parte causó una viva alegría al duque de Reggio, el cual hizo llamar inmediatamente al campamento al general Regnault de Saint-Jean-d'Angely, cuya mision carecia ya de objeto. Este militar iba ya á embarcarse para Francia, pero en vista de la orden del Jefe superior entregó las comunicaciones de que era portador á su ayudante de campo para que las llevase á su destino, y marchó á su puesto.

La orden del Gobierno francés fue inserta en la orden del dia, lo que causó un regocijo extraordinario en las tropas.

Sin pérdida de momento, el Jefe del ejército expedicionario puso en conocimiento de los triunviros la terminacion de la mision de Mr. de Lesseps, y las órdenes que acababa de recibir de su Gobierno.

Sin duda fue este uno de los dias mas felices para el general Oudinot, que no deseaba otra cosa que penetrar en Roma, para concluir con el usurpado poder de los que, despues de humillar el poder mas augusto de la tierra, al Vicario de JESUCRISTO, se habian propuesto humillar á la Francia. Desde este momento la accion militar recobraba su imperio y quedaba libre para obrar.

Hé aquí la carta enviada á los triunviros:

«Señores:

«Á las tres de la tarde he recibido la comunicacion en que me manifestais vuestro sentimiento por haberme negado á asociarme al tratado que el se-

ñor de Lesseps, ministro plenipotenciario, creyó deber celebrar con vosotros el día 31 de mayo á las ocho de la noche.

«Los hechos han justificado mi determinacion, y por medio de dos comunicaciones emanadas del ministro de la Guerra y del de Negocios extranjeros, con fecha del 28 y del 29 de mayo, el Gobierno francés me ha declarado lo siguiente: «La via de negociaciones está ya terminada; la mision de Mr. de Lesseps ha concluido.» Luego de recibir semejantes instrucciones manifestélas á Mr. de Gerando, canciller de la embajada, y el jefe de Estado mayor del ejército expedicionario ha encargado á dicho agente diplomático participar oficialmente al Gobierno romano la decision que revoca los poderes de Mr. de Lesseps, y me confiere de nuevo la plenitud de los de un general en jefe.

«Mr. de Lesseps recibió á las diez de la noche el encargo de entregaros la nota de que os incluyo copia.

«Como podeis verlo, en ella declaraba, señores, que en caso de que pasasen veinte y cuatro horas sin haber sido aceptado el *ultimatum* de 28 de mayo, el ejército francés recobraría toda su libertad de accion.

«Como á las cinco de la tarde no hubiese aun recibido contestacion alguna, escribí aquel mismo dia á Mr. de Lesseps:

«No os olvidéis de anunciar inmediatamente el fin del armisticio, en caso de que no obtengáis sin dilacion una solucion pacifica conforme en un todo con la comunicacion del 23 de este mes.»

«Inmediatamente despues del recibo de los partes telegráficos mencionados, he mandado prevenir á las avanzadas romanas, que la tregua consentida verbalmente por Mr. de Lesseps habia espirado, y que cesaba en un todo la suspension de las hostilidades.

«Á las tres y media del dia 1.º de junio de 1849, encargo al canciller de la embajada que tenga el honor de haceros esta nueva comunicacion.— El general en jefe, Oudinot de Reggio.»

Creó de su deber el bravo Duque manifestar sus intenciones al General del ejército romano, y lo hizo en los breves términos siguientes:

«GENERAL. Las órdenes de mi Gobierno son positivas, y me mandan penetrar en Roma lo mas pronto posible. He anunciado á las autoridades romanas la conclusion del armisticio verbal que, á instancias de Mr. Lesseps, consentí en otorgar momentáneamente; además he mandado prevenir por escrito á vuestras avanzadas, de que ambos ejércitos tenian el derecho de abrir de nuevo las hostilidades. Sin embargo, cediendo á la peticion del canciller de la embajada de Francia, y para dar á aquellos de nuestros nacionales que deseen salir de Roma el tiempo necesario [para poderlo hacer con facilidad, difiero hasta el lunes el ataque de la plaza.»

El general Roselli apenas se hubo enterado de la anterior comunicacion, pidió un armisticio de quince dias al General del ejército francés, que se negó á ello. Ponia por pretexto la necesidad de oponerse á la marcha de los austríacos sobre Roma. El general Oudinot dijo que las tropas austríacas no pasarían su línea, y encargó al canciller de la embajada francesa que previniese á las personas que desearan salir de la ciudad que encontrarían en el monasterio de San Pablo un asilo seguro.

Nada podia ser mas sensible para un general de sentimientos cristianos, cual lo era el duque de Reggio, que tener que valerse de la fuerza para penetrar en Roma. Aquella ciudad, metrópoli del Catolicismo, está cu-

bierta de preciosos y magníficos monumentos, recuerdos unos de lo que era en la época en que dominaba al mundo, siendo señora de las naciones y corte de los mas poderosos emperadores, y manifestacion otros de la piedad cristiana que ha aglomerado inmensas riquezas en la afortunada ciudad elegida en los decretos de la Providencia para residencia de la cátedra universal, de la que ha emanado la civilizacion de los pueblos. Allí se destaca entre millares de monumentos la grandiosa cúpula del Vaticano, que al ser iluminada en las grandes solemnidades de la Iglesia parece la gran corona del Catolicismo. Allí la inspiracion cristiana ha brotado esas obras gigantescas de las artes que son la admiracion de naturales y extranjeros. No hay un objeto en Roma que no encierre un recuerdo, que no contenga una belleza. Roma sin el Pontificado presenta el aspecto de una reina destronada, porque en ella no podrá jamás lucir con gloria una corona. Necesita mas, y por esto se le han destinado tres coronas, que solo pueden sostener las sienes del Vicario de JESUCRISTO. ¡Qué triste papel han hecho allí y harán siempre los poderes usurpadores! Mil reflexiones se aglomeran á nuestra mente en los tristes momentos en que escribimos, cuando un poder extraño se levanta en la Ciudad eterna, en tanto que el sucesor de Pedro, el legitimo monarca de aquel territorio, aquel á quien fue concedido todo poder en el cielo y en la tierra, se halla rodeado por un círculo de hierro, ocupado en orar, como oraba Pedro entre las cadenas, como oraba JESUCRISTO en el huerto y en la cruz, por sus implacables enemigos. Pio IX sigue impávido y con frente serena el camino de su Calvario. Dios le ha concedido una longevidad extraordinaria, burlando los cálculos humanos, y tal vez le reserva para que vea antes de subir al templo de la inmortalidad la confusion de sus enemigos, que son los enemigos de Dios y de su Iglesia.

Decíamos que para el duque de Reggio debería ser sensible el verse en la precision de hacer armas contra Roma, donde la artillería podia causar sensibles destrozos en sus grandiosas obras de arte; pero mas sensible era dejar la ciudad en poder de aquellos hombres sin fe y sin religion, que á seguirla dominando hubieran causado mayores estragos que la mas poderosa artillería. Por esto, porque así lo exigia la dignidad de su ejército, porque en este estaban fijas las miradas del mundo cristiano, se llenó de regocijo al verse libre por la órden de su Gobierno para obrar con energía en su mision de librar á Roma de la demagogia que de ella se hallaba apoderada.

El ejército francés obraba con gran actividad, y sus movimientos eran observados por los romanos desde lo alto de los muros de la ciudad.

El sitio se hallaba establecido en toda forma, y se vigilaba para que no pudieran penetrar víveres en la ciudad.

La reapertura de las hostilidades fue anunciada á los romanos por los triunviros en los siguientes términos:

«CIUDADANOS: El general Oudinot, no solo se ha negado á adherirse al tratado celebrado entre nosotros y el enviado extraordinario de Francia, sino que nos ha anunciado la cesacion del armisticio y declarado á su ejército libre para atacarnos.

«Suceda lo que suceda, los romanos harán su deber y nosotros el nuestro: Dios y el pueblo nos han dado ya la victoria en una primera lucha con el hombre que nos amenaza; Dios y el pueblo nos la darán ahora.» ¡Aquellos hombres tenian el atrevimiento de profanar el nombre de Dios haciéndolo inter-

venir en sus proclamas, al tiempo mismo que combatian tan tenazmente al que le representaba sobre la tierra. No lo extrañamos. Siempre sucede lo mismo en todas las revoluciones. Los que hacen gala de combatir todo recto principio y hacer que la justicia y el derecho sirvan de escabel á la injusticia y la fuerza bruta, pretenden obrar en justicia y con la ayuda de Dios! ¡No hay revolucion sin el epíteto de gloriosa! ¡No hay causa mala que no lleve el nombre de santa! Cansados estamos de oír llamar santa libertad á la licencia y al libertinaje, progreso á la destrucción, moralidad á la injusticia, é incautación á lo que no es otra cosa que verdadera usurpacion. Es la nomenclatura de los revolucionarios de todas partes.

El 2 de junio por la noche, el duque de Reggio dió sus órdenes para el rompimiento de las hostilidades.

Son importantes los primeros hechos de armas que tuvieron lugar, de los que vamos á dar cuenta reproduciendo la narracion que de ellos hace el ya citado historiador Balleydier, el cual se expresa de esta manera:

«El día 3, al asomar el alba, dos columnas mandadas por el general de brigada Mollière la una, y la otra por el general de brigada Juan Levailant, bajo el mando en jefe del general Regnault-Saint-Jean d'Angely, se dirigen, siguiendo distintos caminos, hácia la *villa* Panfli; el 33.º de línea, apoyado por dos compañías de cazadores de á pié, y por una compañía de ingenieros, es enviado en reconocimiento. Estas tropas llegan al pié de la *villa*, donde los romanos se habian fortificado de un modo formidable; déjense oír algunos fusilazos, y en breve trábase en la primera línea exterior un vivo tiroteo sostenido por los disparos de la artillería; los tiradores lombardos del coronel Melaza se lanzan intrépidamente contra nuestros soldados; mas estos les reciben á pié firme y á la bayoneta. La lucha se encarniza; por ambas partes ofrece un carácter sangriento y majestuoso; el general Levailant, á pesar de la imprevista resistencia que se le opone, continúa su movimiento con los 16.º y 25.º ligeros, apoyados por el 66.º de línea, y habiendo logrado forzar una de las puertas, ataca la *villa* con todas sus fuerzas; los romanos retroceden, y doscientos trece prisioneros, entre ellos diez y nueve oficiales, tres banderas y veinte mil cartuchos, caen en poder de nuestros soldados. Por su parte la columna Mollière se abre paso haciendo saltar á impulsos de una mina un trozo del muro, y llega á su vez para tomar su parte de combate y de victoria. El valiente general Mollière sostiene dignamente su reputacion de intrepidez, y prueba una vez mas, por su valor, su sangre fria y sus talentos militares, que es merecedor del alto aprecio de que goza en el ejército francés; jóven aun, hasta el último momento de su vida prestará servicios á la patria; mas la muerte, que arrostra en los campos de batalla, le espera á su regreso á Francia, y si no pudo caer como un soldado, morirá al menos como un cristiano, y su último suspiro será tambien una victoria.

«Dueños de la *villa* Panfli, los franceses se lanzan sin vacilar contra el casino de los Cuatro Vientos, situado en la misma línea y frente de la puerta de San Pancracio; el enemigo se habia atrincherado en él de un modo terrible, y el mismo Garibaldi al frente de cuatro mil combatientes defendía sus inmediaciones. Sin embargo, á pesar de una resistencia obstinada, el Casino es tomado á viva fuerza; y como la ocupacion de este importante punto hacia inevitable la de la iglesia de San Pancracio, nuestras tropas reciben la órden de atacarla, haciéndose dueños de ella despues de dos horas de combate.

La *villa* Valentini y una granja muy grande inmediata á la misma, ambas enérgicamente defendidas, caen igualmente en poder de nuestras armas. Con todo, el combate no ha terminado; el cañon hace oír incesantemente su terrible estampido, y los lombardos, bien mandados y dignos por su valor de hallarse cara á cara con los franceses, disputan palmo á palmo el terreno regado con sangre, de que les despojan á la bayoneta. Rechazados en un punto, retroceden para reunirse en otro, y vuelven á la carga para estrellarse de nuevo ante la firmeza de nuestros batallones.

«Son las siete de la tarde, y desde la mañana las columnas romanas, sostenidas por el nutrido fuego de la plaza, hacen prodigiosos esfuerzos para reconquistar y conservar las posiciones cuya importancia comprenden; las paredes del casino de los Cuatro Vientos, tomadas y perdidas hasta tres veces, quedan taladradas y agujereadas por las balas, hasta que, finalmente, la victoria por tanto tiempo disputada se declara por la bandera de la Francia. Estas posiciones que aseguran la izquierda de nuestras trincheras y que el enemigo tratara muchas veces de arrebatarnos, serán defendidas durante todo el sitio con un valor y firmeza inexpugnables.

«En otro punto la brigada Sauvan, establecida en Monte-Mario hacia algunos dias, habia recibido órden de apoderarse de *Ponte-Molle*, uno de cuyos arcos habia sido destruido: el ataque empezó en el mismo instante en que el cañon de la *villa* Panfilo dejó oír sus primeras detonaciones. Dando fe á varios y repetidos avisos, se creía que el puente estaba minado, y esta suposicion determinó al general Sauvan á hacer pasar á nado á la orilla izquierda del Tíber á treinta hombres, cuyas armas, municiones y vestidos se habian colocado en una balsa construida al efecto; mas paralizando la rapidez de la corriente los esfuerzos de los que guiaban la balsa, no tuvieron estos mas recurso, para no caer en poder de los enemigos, que apartarse nadando vigorosamente, dejando que aquella, al chocar contra la opuesta orilla, fuese fácil presa de los soldados romanos. Entonces el General tomó el partido de apoderarse de la parte del puente perteneciente á la orilla derecha, y aprovechando algunos tiradores y cazadores todos los accidentes del terreno, consiguen, despues de inauditos esfuerzos, hacer callar dos piezas de artillería que el enemigo habia puesto en batería enfilando el puente, mientras que los batallones romanos, reducidos á cesar su fuego, se refugian apresuradamente en los edificios vecinos.

«Entonces nuestros trabajadores restablecen prontamente el puente por medio de vigas y de faginas; y tres compañías de infantería lo atraviesan y se forman en la opuesta orilla, dispuestas á rechazar cualquier ataque. Tales fueron los resultados de esta jornada tan gloriosa para nuestros soldados, si se consideran los grandes obstáculos que debieron vencer.

«Las tropas romanas habian acumulado en los puntos tomados por las nuestras todos los medios de la mas encarnizada resistencia; y probaron que tenian el corazon y el valor del soldado; sus pérdidas comparadas con las del ejército francés fueron considerables: el cuerpo del coronel Melaza quedó destruido; el del coronel Manaza reducido á la mitad; el general Garibaldi perdió, además de la flor de su Estado mayor, á los oficiales mas distinguidos de su ejército, entre otros á Marochetti, Daverio, Bixio, Mameli, Macina, Maniego, jefe de su caballería, y á Dandolo, jóven de una distincion igual á su elevado nacimiento... El valiente coronel Melaza, gravemente herido desde

el principio de la accion, debia en breve seguir á sus compañeros de armas al sepulcro que les abriera la revolucion.

«Mientras que una parte de las tropas romanas entraban en la ciudad, despues de haber perdido las líneas que estaban encargadas de defender, las restantes acampaban en la villa Borghese bajo la proteccion de los cañones colocados en batería en el Pincio.

«El combate habia terminado, y solo algunos tiros aislados turbaban de tiempo en tiempo el silencio de la noche, cuando los triunviros, ocultando la extension de sus pérdidas, que evaluaban solamente en cien muertos, y ciento cincuenta heridos, dirigieron á los romanos la extraña proclama siguiente:

«¡Valientes soldados! Hoy habeis sostenido el nombre romano y el honor de la Italia en una lucha de catorce horas; vosotros, bisoños todos en el arte de la guerra, habeis eclipsado el aguerrido valor de soldados curtidos al fuego.

«Á pesar de haber sido sorprendidos por la traicion y la violacion infame de una promesa sagrada y firmada, habeis reconquistado palmo á palmo el terreno de que un enemigo, desconocedor de las leyes de la guerra, os despojara por un momento. Habeis rechazado y puesto en derrota las tropas que la Europa creia las mas valerosas, y habeis marchado á la muerte como se va á una fiesta, á un triunfo.

«¿Qué podrémos hacer que esté á la altura de vuestro valor, sino invocar el poder del Altísimo sobre vosotros, unidos á él para bendeciros en nombre de la Italia; á vosotros, los guardianes de las glorias de nuestros abuelos, y darle gracias porque nos ha permitido ver en este dia los grandes y maravillosos hechos de que sois capaces?

«Romanos, debemos decirlo: la jornada de hoy ha sido una jornada de héroes, una de las mas bellas de la historia. Os habíamos dicho: Sed grandes; y vuestros actos nos han contestado: Lo somos.»

Ya hemos indicado que los franceses lo que mas deseaban era librar á Roma de los elementos revolucionarios, que la tenian en un estado de opresion lamentable, y restituirla á su legítimo soberano; pero el prudente y valeroso general que se hallaba al frente del ejército expedicionario queria evitar los rigores de la devastacion y de la sangre, para lo que se necesitaba una sagacidad extraordinaria. Así el duque de Reggio dió principio á los trabajos preparativos el dia 4 de junio, en el cual mil doscientos trabajadores, protegidos por dos batallones, se forman silenciosamente delante de una casa situada á distancia de trescientos metros de la muralla de Roma. En el silencio de la noche, que solo era interrumpido de vez en cuando por disparos hechos sin direccion por la artillería de la plaza, á una señal convenida, aquel gran número de trabajadores destinados á abrir la trinchera se lanzan hácia adelante, llegan á las líneas trazadas por los ingenieros, y empiezan sus trabajos, en tanto que el general, para distraer la atencion del enemigo, hace practicar dos falsos ataques por otros dos puntos diferentes de la ciudad.

Al despuntar el dia los trabajadores se hallaban ya á cubierto. La apertura de la trinchera es una de las mas atrevidas operaciones del sitio de Roma, pues que, segun las reglas del arte, se abre ordinariamente aquella á seiscientos metros de la plaza amenazada.

Los sitiados, que sentian vivamente haber perdido posiciones que eran la llave de la ciudad, se propusieron hacer esfuerzos por recobrarlas, por lo

cual hicieron dos salidas en la noche del 5, siendo en ambas rechazados, no sin dejar algunos cadáveres en el campo.

Al día siguiente llegó á Civitavecchia un buque francés llevando cuatro piezas de veinte y cuatro, dos obuses de veinte y dos centímetros y cuatro morteros, refuerzo indispensable al ejército sitiador.

En la noche del 6 intentaron los sitiados una nueva salida, sin otro resultado que la pérdida de setecientos setenta y cinco hombres que quedaron muertos al pié de las murallas de la ciudad, y veinte y cinco lombardos hechos prisioneros.

Los ejércitos de España y de las Dos Sicilias deseaban ayudar al francés en su empresa, y el día 7 se presentaron al general Oudinot el jefe de Estado mayor del primero, coronel Buenaga, y por parte del segundo el coronel Agostino y el teniente coronel Nunziante, ayudante de campo del Rey de las Dos Sicilias. En nombre de sus respectivos Gobiernos ofrecieron la cooperación de sus tropas al general de los franceses.

El duque de Reggio, que era tan atento y fino caballero como bravo militar, los recibió con la mayor cortesía; pero, dándoles gracias por sus ofertas, rehusó el auxilio que deseaban prestarle, pronunciando el siguiente discurso, digno de quedar perpetuado en las páginas de la historia:

«Señores, dijo con franqueza de soldado, voy á exponeros, como yo lo comprendo, la respectiva situación de los ejércitos católicos reunidos en este momento en el territorio del Gobierno pontificio.

«Á la Francia, á la hija primogénita de la Iglesia correspondía tomar la iniciativa del restablecimiento en Roma de la autoridad temporal del Papa, tan íntimamente unida con la autoridad espiritual; con este objeto desembarcó en Civitavecchia un cuerpo expedicionario; mas la situación política de la Francia y la forma de su Gobierno le imponían ciertos deberes complejos y especiales.

«Las instituciones liberales que la rigen, le prescriben oponerse á las reacciones absolutistas, y bajo este concepto los Gobiernos austríaco, español y napolitano se hallan en condiciones muy distintas de la nuestra, distinción que fue desde un principio establecida por la primera proclama fechada en Civitavecchia, pero redactada en París por el mismo Gobierno.

«Las disposiciones de mi país respecto del Santo Padre y de sus simpatías por el verdadero pueblo romano, unidas á las noticias que de todas partes me llegaban, hicieron que apresurase mi marcha hácia la Ciudad santa, y practiqué un fuerte reconocimiento sobre Roma, mas como mediador que como enemigo, y con el arma al brazo, por decirlo así: sin embargo, no tardé en poseer la prueba de que se desconocían nuestras intenciones, y la jornada del 30 de abril, cuyo resultado conoce todo el mundo, y de la que pueden gloriarse las armas francesas, me obligó á retirarme á Palo, y aunque esperaba ser atacado en mi retirada en campo abierto, ni un solo destacamento del ejército romano, á pesar de haber tardado cinco días en efectuarla, se atrevió á molestar nuestra marcha. Entonces hice á mi Gobierno una relación conforme á la mas exacta verdad, y le manifesté que, estando los pueblos bajo el imperio del terror, no debíamos confiar en su auxilio, y que necesitaba refuerzos, en municiones sobre todo, para emprender el sitio de la ciudad. Con gran satisfacción por mi parte debo hacer á mi Gobierno la justicia de decir que me envió fuerzas superiores á las que me eran rigurosamente indispensables;

luego de su llegada, tomé de nuevo la iniciativa del ataque, y entonces fue cuando Mr. de Lesseps llegó de París con una misión diplomática: lo que me han hecho sufrir las dudas, dilaciones y subterfugios, tan poco en armonía con los hábitos militares, solo Dios y yo lo sabemos; vosotros me comprenderéis, señores, cuando os diga que mi carácter de soldado fue puesto á una ruda prueba.

«Debia á mis subordinados el ejemplo de la paciencia, y se lo di hasta el momento en que Mr. de Lesseps presentó á mi firma un tratado injurioso para el honor de nuestras armas y para el honor de la Francia.

«Mi rompimiento con Mr. de Lesseps debia ser, como lo fue, público y ruidoso: el modo como aquel diplomático cumplió su misión es ya conocido y apreciado, y, con placer lo digo, lo fue desde un principio por el presidente de la República francesa y su Gabinete. Mr. de Lesseps fue llamado á París en el mismo momento en que le prohibia la entrada en el campamento; devolvíronseme los plenos poderes de general en jefe, y desde entonces he dado á las operaciones de guerra un impulso conveniente para poner fin á la empresa.

«Después de muchos y vigorosos combates nuestras tropas se han apoderado de todas las posiciones exteriores; y actualmente son dueñas de Ponte-Molle en el alto Tíber, lo mismo que de las comunicaciones de Florencia y de Ancona. Se ha establecido una barca frente la basílica de San Pablo, y hemos construido un puente de barcas en el bajo Tíber; mi caballería recorre toda la llanura que se extiende entre Roma, Frascati y Albano: hemos abierto ya nuestra primera paralela á trescientos metros de las murallas, y quedan montadas nuestras baterías. Dentro de algunos días seremos dueños de Roma, y si las disposiciones que he tomado retardan el triunfo, evitarán al menos á la Ciudad eterna los horrores de la guerra.

«Ahora bien: cuando una gran nación como la Francia ha realizado tales cosas, cuando ha hecho sacrificios y gastos tan enormes, cuando ha sufrido una ofensa, necesita una reparación brillante, y debe obtenerla sin participación alguna auxiliar, sin socorro alguno extranjero. No; en las actuales circunstancias la Francia no puede permitir que nación alguna le arrebatase la gloria que exclusivamente le pertenece, y que no puede dejar de obtener: cualquier ejército que en este momento se adelantase hácia Roma, solo podría hacerlo como nuestro amigo ó como nuestro enemigo, para auxiliar á los sitiados ó á los sitiadores, y no nos es dable aceptar ninguna de estas combinaciones. Entraríamos en Roma sin el auxilio de los ejércitos coligados, en cuyas buenas intenciones creo firmemente; pero en el caso de que no suspendiesen inmediatamente la marcha, el ejército francés se dirigiria á su encuentro sin pérdida de momento, y no vacilaria en tratarles como enemigos.

«Ignoro los acontecimientos que pueden producirse en el orden político y social de la Europa, é ignoro también el partido definitivo que tomará la Francia en las complicaciones que serán consecuencia de la rendición de Roma; mas en el día mi deber está trazado, y mi país manifestará desde la Ciudad santa sus últimas resoluciones sobre el porvenir de los Estados pontificios.

«Para no herir la justa susceptibilidad de los ejércitos napolitano y español, voy á leeros la carta que sobre el mismo asunto escribí al general en jefe de las tropas austríacas que se encuentran en los Estados romanos.»

El general Oudinot lee rápidamente la carta que insertamos en la página 533, y continuó:

«Señores :

«Ignoro si semejante lenguaje es enteramente diplomático en la forma; mas es la expresion de una voluntad decidida, y tengo el orgullo de creer que merecerá vuestro asentimiento y el de vuestros respectivos soberanos.»

Los militares enviados por ambos ejércitos español y napolitano escucharon atentamente al General, al cual, despues que hubo terminado, contestaron que no era el ánimo de sus Gobiernos ni de sus generales imponer su cooperacion al ejército francés, y que su mision era consolidar la armonía que reinaba entre los respectivos Estados, y le ofrecian que, conformándose con los deseos de la Francia, no saldrian fuera de sus actuales acantonamientos. El coronel Agostino le hizo observar que, para evitar una invasion garibaldina, su soberano habia tomado posiciones convenientes segun exigia la prudencia. El general Oudinot lo aprobó, y ofreció al mismo tiempo todas las comodidades posibles á los oficiales de ambos ejércitos que quisiesen acudir al sitio con el objeto de estudiar las operaciones en interés del arte de la guerra.

La conferencia terminó con un almuerzo, en el que se dieron pruebas de mútua estimacion los militares de los tres ejércitos.

El enviado por el general Córdoba, coronel Buenaga, habia entregado una carta suya al duque de Reggio, en la cual manifestaba sus levantados sentimientos y le ofrecia su cooperacion. El general Oudinot suplicó al coronel que le llevase su contestacion escrita, que estaba concebida en los siguientes términos :

«El señor coronel Buenaga, vuestro jefe de Estado mayor, acaba de entregarme la carta que me habeis dispensado el honor de dirigirme con fecha de 5 de junio.

«He sabido personalmente apreciar al ejército español en los campos de batalla, y celebro cuantas circunstancias se me proporcionan de relacionarme con los eminentes militares de vuestra nacion. Es decir, que soy feliz al verificarlo con vos en este dia. Sin duda, señor General, que por motivos que tienen cierta analogía hemos sido enviados á la Península italiana, empero la iniciativa que ha tomado la Francia en la cuestion romana no me permite confundir mi accion con la de otra nacion extranjera.

«Algunas semanas há que hubiera penetrado en Roma, si el ataque de la plaza no se hubiera retardado por negociaciones diplomáticas. Habiendo sido desaprobada la conducta del Ministro plenipotenciario que habia entablado semejantes negociaciones, yo soy el único responsable de los acontecimientos, y es mi deber simplificarlos cuanto sea posible. Á tal objeto, permitidme recordaros un hecho que vos sabréis apreciar mejor que nadie. Cuando un ejército sitia una ciudad, ninguna tropa extranjera, como sabréis muy bien, puede acercarse, mas que en el caso en que se reclame su socorro por los sitiadores ó por los sitiados. No es esta, General, nuestra posicion respectiva. Vuestra proteccion está léjos de dispensarse á los romanos, y el ejército francés está en disposicion de hacer frente á todas las eventualidades.»

La carta concluye dándole cuenta de las posiciones ocupadas por su ejército, y los ofrecimientos de costumbre.

Cumplida su mision, volvieron á sus respectivos campamentos los oficiales español y napolitano.

CAPÍTULO XXXIV.

LAS TROPAS ESPAÑOLAS EN GAETA SON BENDECIDAS SOLEM- NEMENTE POR PIO IX. — ACONTECIMIENTOS QUE TIENEN LUGAR HASTA LA ENTRADA DEL EJÉRCITO FRANCÉS EN LA CIUDAD ETERNA.

TIEMPO es ya de que fijemos la vista en Gaeta, donde el venerable pontífice Pio IX, víctima de la mas negra ingratitude, espera lleno de confianza en Dios y en la justicia de su causa el desenlace de los sucesos.

El 29 de mayo se presentó en aquel punto la division española, mandada por el general D. Fernando de Córdoba. Parte del Estado mayor desembarcó en seguida, y al amanecer del dia siguiente lo hizo el resto del ejército.

Pio IX experimentó un gran consuelo á la vista de nuestras tropas, recibiendo á su general en jefe con las mayores consideraciones, demostrándole un grande afecto.

En la tarde de aquel mismo dia tuvo lugar un espectáculo tan tierno como admirable, que no se olvidará jamás á los que tuvieron la dicha de presenciarlo.

El augusto Pontífice, accediendo á los deseos manifestados por el general Córdoba, habia determinado pasar revista á las tropas, las cuales se presentaron al efecto en la plaza en columna cerrada por batallones.

El Santo Padre se presentó acompañado del Rey de las Dos Sicilias, que iba rodeado de su real familia; dos cardenales y un gran número de prelados seguian formando la comitiva.

Pio IX recorrió toda la línea en su frente de batalla, en medio de los vítores y aclamaciones de los soldados españoles y de la inmensa multitud que habia acudido á presenciar el espectáculo.

En todos los rostros brillaba el entusiasmo, y á la solemnidad del acto contribuía un cielo claro y despejado y la tranquilidad del mar, dándole un as-

pecto imponente. Resonó el cañon de los buques católicos en el puerto, respondiendo el de los fuertes de la plaza en el momento en que el Soberano Pontífice habia terminado la revista y se colocaba en el centro de la plaza.

Un nuevo espectáculo mas sorprendente que el anterior iba á tener lugar.

El Vicario de JESUCRISTO se disponia á bendecir aquel ejército, que acudia á prestarle socorro en los dias amargos de la tribulacion.

Las tropas doblaron la rodilla y rindieron las armas; el católico rey Fernando II y su familia, y todos los personajes que presentes se hallaban, se prostraron igualmente, hallándose en pié tan solamente el augusto Pontífice, al que sirvió de alfombra la bandera de Castilla, que por un insigne privilegio lleva el regimiento del Rey, 1.º de línea. Todas las miradas estaban fijas en aquella venerable figura vestida de blanco, que destacaba en aquel cuadro, digno del pincel de Murillo.

Pio IX elevó sus manos, y con voz entera y solemne bendijo las banderas y las tropas, en medio de un sepulcral é imponente silencio.

Acabado el acto de la bendicion, volvieron á resonar las aclamaciones.

Entonces tuvo lugar un hecho curioso, que vamos á consignar por haber sido su protagonista un obispo español.

Inmediato al Santo Padre se hallaba el Ilmo. D. Fr. Fermin de Alcaraz, religioso capuchino muy conocido en Roma, y que recientemente habia sido consagrado por el mismo Pio IX para la iglesia de Cuenca.

Sabedor aquel prelado de que el Papa habia de colocarse sobre el pabellon español en el solemne acto de la bendicion, habia pedido á uno de los camareros de Su Santidad unas chinelas del mismo Santo Padre, que llevó consigo al acto.

Luego que Pio IX hubo terminado las palabras rituales, el Ilmo. Alcaraz, permaneciendo de rodillas y mostrando al Papa las chinelas de que se habia provisto, le dijo:

— Santísimo Padre: zapatos que se han colocado sobre el pabellon español no pueden volver á pisar la tierra.

Pio IX entonces se dejó descalzar por el mismo prelado, que le cambió las chinelas.

Los zapatos de Pio IX, encerrados en una preciosa cajita, fueron entregados mas tarde por el mismo prelado á la reina de España D.^a Isabel II.

El Rey de las Dos Sicilias quiso tambien pasar una revista á las tropas españolas, y lo hizo á los dos dias de la anterior, dia de su santo. En su presencia maniobró la division española con una precision que entusiasmó á Fernando II, que la tributó los mayores elogios; bien que el aspecto general de las tropas españolas, su marcialidad, su instruccion y su disciplina han llamado siempre la atencion doquiera que se han presentado. Aquel Monarca, aficionadísimo á las armas, y cuyo ejército era uno de los mas brillantes de Europa, visitaba cada tarde el campamento español, aprovechando todas las ocasiones de mostrar su aprecio al digno y bizarro general Córdoba, y se enteraba minuciosamente hasta de los últimos detalles de organizacion y de equipo.

El 3 de junio levantó el ejército español su campamento de Gaeta, marchando hácia Fondi. Al dia siguiente entró en Terracina sin disparar un tiro, adelantando sus avanzadas hácia Velletri.

En tanto que tenian lugar los sucesos que venimos narrando, el general

Oudinot continuaba los trabajos del sitio, al tiempo que los jefes de la república romana redoblaban su energía, publicando repetidas proclamas con el objeto de inflamar el valor de los combatientes. Seria una curiosidad el poseer una coleccion completa de las proclamas, órdenes y decretos de aquella paródia de república. En una de dichas proclamas se imponia á todos los ciudadanos, sin distincion de sexo, edad ni condiciones, el deber de trabajar en las fortificaciones y barricadas: «Las blancas, delicadas y perfumadas manos, decian los triunviros, que se conviertan en negras y callosas manejando el azadon y la pala, son tan honrosas como las cicatrices alcanzadas en el campo de batalla.» En efecto, no faltaron mujeres que acudieron á formar cartuchos y aun á trabajar al par de los hombres en las barricadas.

Acercábase la fiesta del Corpus, que se celebra en Roma con una solemnidad extraordinaria. Aquellos hombres, que habian usurpado al Papa su autoridad temporal, quisieron usurparle tambien su poder espiritual dando órdenes en este sentido. Ya hemos dicho en otra ocasion que todas las revoluciones tienen algo de cómicas. Los republicanos de Roma, socialistas en su mayor parte, que ni creian en Dios ni tenian religion alguna, quisieron ¡qué sarcasmo! que la fiesta del Corpus se celebrase con la solemnidad posible. Á este efecto publicaron la víspera el siguiente decreto:

«¡Romanos! Mañana es el dia consagrado para honrar la hostia de *paz y de amor*; la corte romana lo celebraba con solemne pompa y una grande demostracion de lujo. La guerra encendida al pié de nuestros muros impide el cumplimiento de tan religioso acto: *el pueblo conoce y condena á los que son causa de ella*; sin embargo, el acto de la religion no debe omitirse, y, por lo tanto, todos los párrocos y todos los capítulos lo celebrarán en el interior de sus iglesias. Las humildes preces de los cristianos, elevándose sin fausto hácia el cielo, serán mas eficaces así para la expiacion de los pecados, como para conseguir un auxilio para el pueblo piadoso que confia en el Dios que bendice y defiende la causa de los oprimidos.»

Este decreto, firmado por el Ministro del Interior, contenia un ataque indirecto á la augusta persona de Pro IX; el odio y la hipocresía, dice con razon un escritor antes citado, eran el viril de la Hostia de paz y de amor. Sin embargo, el verdadero pueblo romano acudió al templo á venerar la santísima Eucaristía, y á rogar al Dios escondido en ella que se apiadase de la Ciudad eterna, alejando los males que experimentaba.

Por su parte el general Avezzana dirigia á los romanos una proclama que merece ser conocida. Dice así:

«¡Soldados! Mientras llenaba en Ancona una peligrosa mision, vosotros habeis con prodigios de valor, que han oscurecido las *acciones herbicas*, los *hechos homéricos de la antigüedad*, rechazado por cuarta vez á los enemigos de la república romana.

«Hollando la fe jurada sorprendieron por medio de un grito fraternal á algunos de vosotros, á quienes, despues de tan negra traicion, enviaron á la tierra extranjera como un trofeo de su victoria; sin embargo, en vano esperaron el tranjero, pues vosotros, elegidos del Señor para aniquilar el poder de los impíos y la verga de los dominadores, vengásteis las víctimas de la traicion, y vencisteis al fuerte, impulsado al fratricidio.

«La encarnizada lucha que sostuvisteis el dia 8 de junio durante diez y seis horas contra los soldados mas aguerridos de Europa, la carga á la bayoneta

siete veces repetida contra espesos batallones apoyados por una terrible artillería os han granjeado la admiración de la Europa, el reconocimiento de la patria, y el amor de todos los hombres de corazón.

«¡Soldados! La sangre que corre de vuestras heridas regenera la tierra, lavando los pecados de una generación de manos débiles, de corazón extraviado.

«Dios ha desplegado su estandarte á la vista de las naciones, y ha reunido en Roma á los desterrados de Israel, ha juntado los restos de un pueblo dispersos por las cuatro partes del mundo.

«Este estandarte ha sido confiado á vuestras manos; la Italia y la misma Francia lo recibirán de vosotros consagrado por la sangre de los nuevos mártires.

«Símbolo de la justicia de que la tierra será objeto, el estandarte del reino de Dios debe suceder al de los déspotas.

«La presente lucha es la última entre el genio del bien y el del mal, y vosotros pondréis fin á la historia de las miserias humanas con la victoria de los pueblos y el triunfo de Dios.

«Semejante misión hace dignas de envidia vuestras heridas: orgullo de vuestras madres, honor de vuestras esposas, admiración de vuestros descendientes, hijos queridos de la república, la historia de Roma os hará inmortales. Soldados: me siento feliz al encontrarme entre vosotros para compartir vuestros peligros y merecer vuestro amor. Continúa como hasta ahora, y venceremos.»

Al día siguiente publicó una nueva orden del día, en la que en cierto modo destruía el valor de la anterior. Empezaba por renovar sus grandes elogios al ejército romano, y concluía ordenando lo siguiente:

- «1.º Pasar lista tres veces al día de los hombres que sirven á sus órdenes.
- «2.º Dar parte del resultado de las listas al General en jefe.
- «3.º Enviar patrullas mixtas de cabos, de los diferentes batallones, al mando de un oficial, para detener á los soldados que se encuentren recorriendo la ciudad sin permiso, y conducirlos á la plaza á fin de ser luego entregados á sus cuerpos respectivos.
- «4.º El comandante de la plaza cuidará de que los oficiales de servicio no se alejen con frecuencia de sus cuerpos ni de día ni de noche, y dará parte á los jefes superiores.»

El 12 de junio Garibaldi, que se hallaba en Roma y que había creído poder hacer frente al ejército sitiador, salió de la ciudad con fuerzas compuestas de cinco ó seis mil hombres y se precipitó sobre la *villa* Panfilí: las avanzadas francesas, que eran muy débiles para resistir el ataque, se retiraron dando el grito de alarma. Los romanos continuaron avanzando hasta que se hallaron frente á frente de los batallones franceses, los cuales les acometieron á la bayoneta, causando tantos destrozos en las filas garibaldinas, que el triunvirato se vió precisado á pedir una tregua de algunas horas para poder dar sepultura á los muertos.

No cansarémos la atención del lector con detalladas relaciones sobre todos los sucesos del memorable sitio de Roma, ni con la inserción de las órdenes y proclamas que se sucedían en la capital.

Procurarémos, pues, ser concisos.

Doquiera que los republicanos se presentaban á buscar las victorias que sus jefes les ofrecían, encontraban tan solo desengaños y derrotas.

Hé aquí una anécdota por cierto curiosa que atento á esto refiere el citado historiador Balleydier:

El General en jefe habia adquirido la certeza, desde hacia algunos dias, de que el enemigo se proveia de la mayor parte de sus proyectiles en una fundicion establecida en Porto d' Anzio, puerto de mar defendido por un fuerte entre Fiumicino y Terracina, y resuelto á privar á los romanos de semejante recurso, dió orden al capitan de Estado mayor Castelnau de embarcarse en la fragata de vapor *Magallanes* y de destruir dicha fundicion. Aquel oficial, comandante superior de Fiumicino, se embarcó con un destacamento de veinte y cinco infantes, debiendo apoyar su operacion, en caso necesario, una compañía de marinería de línea de la fragata, con dos obuses de desembarco.

El capitan partió de Fiumicino el 12, y el 13 llegó la fragata á la vista de Porto d' Anzio, enarbolando inmediatamente el fuerte el pabellon con los colores de la república romana. El capitan Lugeol, comandante del *Magallanes*, ancló á medio tiro de cañon de la orilla, y mandó cargar las piezas, mientras que el capitan Castelnau, deseoso de cumplir cuanto antes la mision que se le habia confiado, se dirigió solo á tierra en un bote de la fragata, marchando inmediatamente hácia la fábrica que debia destruir.

Los informes del General en jefe no podian ser mas exactos: aquella importante fundicion proveia los arsenales de los sitiados, como lo probaba la considerable cantidad de proyectiles de todo calibre que llenaban los patios y talleres; el capitan Castelnau mandó comparecer al jefe del establecimiento, y le dijo: «Caballero, sois belga, sois de un país aliado de la Francia, y «sin embargo habeis puesto vuestra industria al servicio de una nacion que «está en guerra abierta con nosotros.»

—He debido humillarme ante la fuerza, contestó el director; muchas veces los agentes de la república romana han venido á obligarme, amenazándome con sus pistolas, á que fundiese y expidiese para Roma los proyectiles de que tenían necesidad.

—Lo siento por vos, replicó el capitan, pero tengo que cumplir mis órdenes, y vos me ayudaréis á ello.

—De muy buena gana, capitan: ¿y cuáles son?

—Vais á destruir inmediatamente todos esos aparatos.

—Lo que exigís es mi ruina, caballero, exclamó el fabricante palideciendo; jamás consentiré en lo que me pedís.

—¿Rehusais?

—Sí.

—Pues bien, añadió el capitan extendiendo la mano en la direccion de la fragata, el incendio de vuestra fábrica y del pueblo entero será la consecuencia de vuestra obstinacion.»

Estas palabras eran terminantes, y, espantado el director, obedeció.

Entonces, mientras que el comandante de la fragata, prevenido del resultado de la expedicion, hizo lanzar sus botes al agua para transportar los proyectiles de que el capitan se habia apoderado, este se presenta al comandante del fuerte.

—¿Qué pretendéis, caballero? preguntóle el oficial romano.

—Rogaros que me entregueis ahora mismo todas las provisiones y municiones que encierra el fuerte que teneis el honor de mandar.

—Caballero, creo que no estais en vos, exclamó riendo el comandante: el sol de Roma ha turbado vuestras ideas; estais loco.

—La prueba de que tengo toda mi razon, es que confiando en vuestra lealtad he venido solo á vuestro encuentro para rogaros me concedais lo que en caso necesario puedo exigir á la fuerza; y por segunda vez el capitán extendió su mano en la direccion del buque francés: «¡Hermosa fragata!» murmuró entre dientes el gobernador del fuerte. — Muy hermosa, replicó el capitán Castelnau, y con mas razon lo diriais si viéseis lo bien armada que se encuentra. Las tres baterías del *Magallanes* estaban prontas á hacer fuego. Por fin el oficial romano habia comprendido su posicion, y entregó todas las provisiones del fuerte, exigiendo en cambio un recibo. «¡Un recibo!» exclamó riendo á su vez el capitán Castelnau; no estais en vos, caballero; el sol de Porto d'Anzio ha turbado vuestras ideas; estais loco.

—¿Yo loco?

—Es claro, puesto que me pedís recibo: comandante, nosotros somos soldados y no comerciantes; hemos hecho una operacion de guerra, y no una transaccion mercantil.»

Á las cuatro, el capitán Castelnau volvió al *Magallanes* despues de haber enclavado cuatro cañones de á treinta y seis, echado al mar muchos proyectiles averiados y destruido la fundicion; además ocho barriles de pólvora, cinco cajas de cartuchos y de otros fuegos artificiales, ochocientas ó novecientas balas de todo calibre y cuatro mil kilógramos de metralla fueron los trofeos de esta expedicion ejecutada con tanta inteligencia como energía.

Los hechos que se subsiguieron, en los cuales la gloria estuvo por parte de los soldados franceses, no fueron tan importantes como la toma del baluarte á que hace referencia el duque de Reggio en el parte que va á leerse, en el cual resalta todo el valor, inteligencia y disciplina de tan denodado ejército, así como el talento militar de su general en jefe. Véase dicho documento:

Parte del general en jefe Oudinot acerca de la toma del baluarte número 8.

«Cuartel general 30 de junio de 1849.

«Señor Ministro: Á consecuencia del asalto dado el dia 21 de este mes á los baluartes 6 y 7, tuve el honor de deciros que á pesar del feliz éxito de aquel dia, teníamos que luchar en algunos combates.

«En efecto, el enemigo parecia decidido á defenderse palmo á palmo en cada baluarte.

«Durante el dia 28 un vigoroso fuego de artillería terminó por abrir una brecha en el flanco izquierdo del baluarte número 8, verdadera fortaleza que comunica por medio de trincheras y cañoneras con San Pedro *in Montorio*. Aunque los artilleros romanos son hábiles tiradores, y el número de sus cañones es muy considerable, ello es que nuestro fuego ha alcanzado constantemente sobre el del enemigo una gran superioridad.

«El dia 29 la brecha se hizo de tal suerte practicable, á pesar de la solidez de las murallas, enteramente construidas con cimiento romano, que nos permitia apoderarnos del baluarte número 8; cuya ocupacion al ofrecernos la posibilidad de extendernos en el monte Janículo, haria que domináramos la puerta de San Pancracio.

«De consiguiente, se han dado las órdenes para el asalto, designando al

efecto cuatro columnas compuestas cada una de tres compañías de preferencia.

«La primera columna la formaba una compañía de preferencia del 22.º ligero y otras dos de igual clase de los 32.º y 53.º de línea, cuya columna ha estado á las órdenes del jefe de batallón Lefebvre del 53.º, la cual ha debido subir á la brecha del baluarte número 8, seguido de una compañía de hombres escogidos de los batallones 17.º, 20.º y 23.º de línea, llevando cada uno un gavión, una zapa y un pico, debiendo en seguida trabajar para establecerse en dicho baluarte. Ambas columnas estaban sostenidas por una reserva compuesta de una compañía de preferencia de los 36.º, 66.º y 68.º de línea á las órdenes del comandante Le Rousseau, del 68.º

«La cuarta columna la han formado una compañía de preferencia de los tres batallones de la guardia de trincheras (22.º ligero, 32.º de línea y 53.º de id.), siendo su jefe el comandante del batallón 22.º ligero. Se le dió la orden de arrojarse desde la parte superior de la brecha del baluarte número 7, apoderarse de los atrincheramientos, y atacando el baluarte número 8 por la gola, favorecer la salida de la columna de asalto.

«Treinta zapadores del cuerpo de ingenieros acompañaban cada una de las cuatro columnas de ataque de la reserva y de operarios. Estaban bajo el mando superior del teniente coronel del 22.º ligero Espinasse.

«El general de brigada Carlos Levailant mandaba los batallones de la guardia de trincheras, pertenecientes á la segunda division. El general Rostolan, que manda esta division, tenia formados en masa y puestos para cualesquier acontecimiento los demás regimientos.

«Habiendo ejecutado á las dos de la madrugada, bajo la vigilancia del coronel de ingenieros Niel, las disposiciones preliminares, al estrépito de los tres cañonazos, que era la señal convenida, volaron al ataque.

«La primera columna bajo las órdenes del comandante Lefebvre llega á lo alto de la brecha á pesar de un nutrido fuego de fusilería. Los trabajos que durante la noche habia ejecutado el enemigo entre el orejon y una casa situada detrás de la brecha detienen completamente la cabeza de la columna, la cual solo con grandes trabajos logra superar.

«Al primer rumor de este ataque acudieron casi todos los defensores del baluarte; empero los fuegos, que se cruzaban en aquel estrecho paso, no pudieron impedir que nuestros valientes soldados se establecieran en el terraplen y fuésen ganando terreno.

«En aquel momento cayó herido el jefe de batallón Lefebvre, que en seguida fue reemplazado por el comandante del 68.º Le Rousseau.

«Aprovechóse de aquel primer triunfo para ensanchar el paso y hacer que llegaran los trabajadores. El comandante de ingenieros Galbaud-Dufort cae herido de dos balazos al colocar los primeros gaviones destinados á poner á cubierto aquel peligroso desfiladero.

«La columna del comandante Laforest, que habia partido de las alturas de la brecha del baluarte número 7, al salir fue rechazada por un vivísimo fuego de fusilería. Dividióse esta columna en dos trozos. Los cazadores del 32.º y los granaderos del 53.º lanzados hácia la derecha, toman un gran atrincheramiento apoyado en el recinto Aureliano, matando á la bayoneta á sus defensores, y esparcidos en tiradores luchan obstinadamente contra dos casas aspilleras que incomodan nuestros ataques.

«Los carabineros del 22.º ligero que salieron los primeros de la trinchera y dirigidos en persona por el comandante Laforest siguen el camino que costea la cortina, encuentran las dos primeras trincheras llenas de enemigos que les hacen fuego á boca de jarro, y solo se detienen para pasarlos por las armas: luego, salvando el atrincheramiento que obstruía la gola del baluarte, se dirigen á la carrera á la batería de siete piezas que batía interiormente la brecha, y se apoderan de la misma.

«Tan rápidos y admirablemente combinados movimientos desembarazan la columna que habia subido por la brecha, y la guarnicion del baluarte, acosada hácia la salida, en vano se defiende al rededor de una casita, que queda completamente destruida ó hecha prisionera. El baluarte se ha tomado, empero empieza á amanecer. Todas las casas que miran al baluarte se llenan de tiradores, y el enemigo marcha con fuerzas para volver á apoderarse de sus cañones. Entonces la reserva entra en fuego á las órdenes del teniente coronel Espinasse. Los granaderos del 36.º, mandados por el capitán Tiersionnier, empujando vigorosamente al enemigo, lo precipitan á la bayoneta á las escarlas por encima de la escarpa, y se apoderan de las casas que dominan la puerta de San Pancracio.

«Organizóse entonces el trabajo en el interior del baluarte, y aprovechándose hábilmente los oficiales de ingenieros de las trincheras del enemigo, lo ponen al abrigo de todo insulto.

«Todas las columnas han sido conducidas con tanta energía como inteligencia por el teniente coronel Espinasse y por los jefes de batallon colocados á su frente.

«Nuestras tropas han obrado con valor y con ímpetu tal, que nada podia resistirlas. Han muerto á la bayoneta mas de cuatrocientos enemigos (1). Entre los ciento veinte y cinco prisioneros que han caido en nuestro poder, se cuentan diez y nueve oficiales de todas graduaciones.

«Nuestras pérdidas han sido relativamente poco considerables: ascienden á nueve muertos, entre ellos cuatro oficiales, y ciento diez heridos, en cuyo número se comprenden diez y ocho oficiales. Este segundo asalto da un ascendiente moral numérico á nuestros soldados. El enemigo ha perdido dos principales frentes de su recinto, y nuestras baterías establecidas sobre terraplenes descubren y pueden arruinar la ciudad. Seria una insensatez prolongar por mas tiempo la defensa. No solo se sacrificarian con ella los edificios, si que tambien se llevaria la guerra al seno de las familias. No puede en lo razonable suponerse que un Gobierno cualquiera que sea consienta en prolongar semejantes desgracias en la capital de su país.

«Para multiplicar durante el asalto del baluarte número 8 la suerte del triunfo, y para disminuir el número de los defensores en el ataque, dispuse que el general Guesviller practicase una diversion delante la puerta del Pueblo, la cual fue ejecutada con mucha inteligencia por una columna compuesta de tres batallones, una compañía de ingenieros y cuatro piezas de artillería de la batería del 12.

«El General ha salido de Ponte-Molle á las once de la noche del 29 para ir á tomar posicion en las alturas inmediatas á la villa Borghese. El enemigo habia aspillerado todas las casas situadas en aquellas alturas, empero nues-

(1) El parte telegráfico solo anuncia doscientos, porque no se sabian todos los detalles cuando fue expedido.

tros tiradores se han emboscado de modo que pudiesen proteger la artillería colocada detrás de una posición elevada.

«Dicha artillería ha hecho fuego desde la una y media de la mañana á las tres, y ha sembrado el espanto en un cuartel que se creía al abrigo de nuestros tiros. El enemigo ha contestado con un vivísimo fuego, empero sin ocasionarnos pérdida alguna.

«Por otra parte, las piezas de artillería de la marina, colocadas en las alturas que dominan la basílica de San Pablo, arrojaban balas y granadas por encima de la puerta del mismo nombre, de suerte que á la vez se veía inquietado el enemigo en dos puntos, tan distantes el uno del otro.

«Mientras que estos diversos combates tenían lugar, desde las dos á las cinco y media de la mañana, los romanos han intentado incendiar nuestro puente colocado en el bajo Tíber y en el muelle de San Pablo. Cerca de cincuenta brulotes de formas y dimensiones distintas han sido detenidos, destruidos ó echados á pique por la activa inteligencia del teniente de navío Olivieri, comandante de la flotilla, y del capitán Blondeau, comandante de la séptima compañía de pontoneros.

«Estas ventajas han sido precedidas por reiterados reconocimientos practicados en diversos puntos por el 12.º de cazadores de caballería y el 11.º de dragones á las órdenes del general Morris.

«Por último: el día 29 había sido señalado por un acontecimiento que contribuirá poderosamente á quitar al enemigo la posibilidad de prolongar la lucha. La fábrica de pólvora de Tívoli, situada á cuatro leguas de Roma, ha sido completamente destruida por una columna móvil á las órdenes del general Sauvan. Los molinos estaban dispuestos con cuarenta pilas que podían fabricar de veinte á veinte y cuatro quintales de pólvora diarios. Cerca de treinta quintales de pólvora confeccionada y de varios grados, y una inmensa cantidad de primeras materias, han sido echadas al agua ó inutilizadas del todo.

«En resúmen, señor Ministro, el éxito de todas las empresas, las incesantes pérdidas experimentadas por el enemigo en todos los puntos, hacen esperar que no podrá prolongarse en adelante la resistencia de la ciudad.

«Desde el principio del sitio, todas las operaciones han sido dirigidas por el general de división de ingenieros Vaillant, con la habilidad y experiencia que tiene tan acreditadas. El general de brigada Thiry, comandante de artillería, ha allanado con gran energía las infinitas dificultades que se le oponían.

«El general Rostolan, comandante de las tropas del sitio, ha sabido imprimir en ellas un rendimiento á su voluntad jamás desmentido. Finalmente, la brigada Mollière, componiendo la vanguardia, á las órdenes del general de división Regnault de Saint-Jean-d'Angely, desde la toma de Panfilí, ha conservado con la mayor firmeza las posiciones que los esfuerzos del enemigo se obstinaban continuamente en arrebatarse, auxiliado de una numerosa artillería.

«En todos los puntos, pues, tanto por los generales, como oficiales y soldados, se ha cumplido el deber del modo más admirable.

«No puedo todavía, señor Ministro, citaros aquí todos los actos que han añadido un nuevo lustre á nuestras armas en estas memorables jornadas, y que me ocupo en recoger.

«Soy con respeto, etc.—El general comandante en jefe, firmado:—Oudinot de Reggio.»

Desde el momento en que fue tomado el baluarte de que se ha hablado en el documento que acaba de leerse, pudieron ya convencerse los romanos de la inutilidad de continuar en una defensa que no podia producirles otra cosa que aumentar el número de las víctimas, ya en verdad muy crecido. El mismo Mazzini no podia ocultar la derrota sufrida por las tropas de la revolucion. La Asamblea se reunió; y en todos los rostros se leia el desaliento en que habian caido la mayor parte de aquellos jactanciosos que habian aspirado al título de héroes. El general Bartolucci subió con rapidez á la tribuna, y con voz grave y solemne deploró, como romano, las calamidades de la patria; no las calamidades que ellos la habian proporcionado con su rebelion contra el legítimo soberano, sino las que, segun él, provenian de la invasion extranjera. «Nuestros soldados, dice, diezmados por el hierro y por el fuego, se hallan extenuados por las fatigas y por las continuas velas bajo un calor sofocante: he leido los partes de los generales, y especialmente los de Garibaldi, y su contenido no deja la menor esperanza de poder prolongar la resistencia. El tiempo de las ilusiones ha pasado, y nuestro deber es evitar á la ciudad de Roma mas grandes desastres.» Estas palabras hicieron su efecto en la Asamblea, que se manifestó inclinada á esta opinion; pero Mazzini, que parecia el emisario del genio de la destruccion, pide que antes de procederse á la votacion se oiga al general Garibaldi.

Inmediatamente se mandó buscar al célebre guerrillero.

Garibaldi se hallaba en aquellos momentos en un estado de casi desesperacion: habia perdido la mayor parte de sus oficiales y una gran mayoría de los soldados que mandaba; un casco de granada acababa de arrebatarse su inseparable y fiel Andrea. En aquel estado fue conducido á la Asamblea, donde fue preguntado acerca de lo que deberia hacerse en aquellos supremos instantes, y respondió proponiendo un plan que envolvia en sí la destruccion de la ciudad con todos sus monumentos y preciosidades. Hé aquí de qué modo estaba concebido: «La victoria ha favorecido las armas de la Francia, dijo; pero nada hay imposible para un pueblo resuelto antes á morir que á rendirse.» Segun él, era preciso abandonar á los franceses el monte Janículo, la muralla Aureliana y la posicion de San Pedro in Montorio, con lo que conservarían aun en su poder toda la ciudad de Roma mas allá del Tíber. «Si los romanos se hallasen decididos á vencer ó á morir, dice, no habria un momento que perder; seria necesario retirarse á la orilla izquierda del rio, establecerse sólidamente en ella, hacer saltar todos los puentes, armar con cañones los baluartes del Espíritu Santo, defenderse con vigor en el castillo de San Ángelo, en las murallas de la ciudad Leonina y en el cuartel de San Pedro y del Vaticano.»

El plan de Garibaldi no podia aceptarse; era, como dijimos antes, fruto de la desesperacion y lo mas ruinoso que pudiera concebirse. Aunque se hubiese querido adoptar, eran necesarios muchos trabajos, á que no hubiese dado lugar la premura de las circunstancias. Así, pues, la Asamblea votó la rendicion, confiando al triunvirato la ejecucion del decreto. Pero Mazzini, el mayor de los agitadores modernos, no se conformó con aquella prudente decision: «Mi conciencia de republicano, dijo, no me permite que me encargue de comunicar vuestra resolucion al general Oudinot: era vuestro mandatario como triunviro para defender la república y la ciudad de Roma; mas el acto que acabais de votar modifica la naturaleza de mi mandato: desde ahora soy libre, y de-

pongo en vuestras manos el poder de que me revestisteis.» El ejemplo de Mazzini fue seguido por sus compañeros Saffi y Armellini. La Asamblea admitió todas las dimisiones de los triunviros, y nombró acto continuo un nuevo triunvirato, compuesto de Mariani, Salicetti y Calandrelli, disponiendo convertir uno de los palacios en hospital para los heridos romanos, y que se celebrara en San Pedro un oficio fúnebre por los que habían perecido en la defensa de la ciudad, y por decisión de la mayoría publicó el siguiente decreto:

«¡República romana! ¡En nombre de Dios y del pueblo!

«La Asamblea constituyente romana cesa en una defensa hecha ya imposible, y permanece en su puesto.

«El triunvirato queda encargado de la ejecución del presente decreto.

«Roma 30 de junio.»

En vista del anterior decreto, la Municipalidad envió al campamento francés á una comisión de su seno encargada de poner en conocimiento del General en jefe el decreto de la Asamblea constituyente. El duque de Reggio recibió á aquellos enviados con la más fina atención y las mayores consideraciones; y si bien ellos declararon que su misión no era otra que darle conocimiento del decreto, presentáronle el proyecto de un tratado fundado en las bases siguientes:

«En virtud del decreto emanado de la Asamblea constituyente en 30 de junio último, la Municipalidad de Roma queda encargada de tratar con el general Oudinot de Reggio, general en jefe de la expedición del ejército francés en el Mediterráneo; y el General, elogiando como es debido el honor y valentía de la milicia y del pueblo que han defendido la ciudad, ha convenido en las siguientes condiciones:

«1.^a El ejército francés entrará en la ciudad de Roma y ocupará en ella las posiciones que crea convenientes;

«2.^a Los cuerpos militares franceses y romanos que permanecen en la ciudad harán el servicio juntos;

«3.^a Las autoridades militares romanas señalarán diferentes acantonamientos á las tropas que abandonen la ciudad;

«4.^a Todas las comunicaciones con Roma, actualmente interrumpidas por el ejército francés, serán otra vez libres;

«5.^a No teniendo ya objeto las disposiciones defensivas tomadas en el interior de Roma, desaparecerán, y quedará del todo restablecida la circulación;

«6.^a Quedan garantidas para todos indistintamente la libertad individual, la inviolabilidad de las personas y la seguridad de las propiedades, por todos los hechos anteriores;

«7.^a La guardia nacional es mantenida en activo servicio, conforme á su primera organización.

«8.^a La Francia no se mezclará en nada en la administración interior.»

El general Oudinot si bien se mostró dispuesto á aceptar algunos artículos de estas proposiciones, manifestó no serle posible discutirlos sino con el Ministro plenipotenciario de Francia, al que llamó al efecto, pues se hallaba en Civitavecchia, y envió á Roma un capitán de su Estado mayor para que se informase del estado de los ánimos y de las cosas.

El General sin perder tiempo exigía que se le abrieran las puertas de la ciudad; pero el pueblo, sin obedecer ni á su exigencia ni á las órdenes de la

Asamblea, aglomeró delante de ellas multitud de objetos bajo diversos pretextos.

Viendo, pues, el General en jefe esta resistencia, se decidió á abrirse paso á viva fuerza. Al amanecer del día 3 de julio las barricadas construidas eran echadas por tierra sin resistencia ni oposicion alguna, y diversos generales se apoderaron de la puerta del Pueblo, de la de San Pancracio, de la Portese y de la de San Pablo.

Era llegada la hora en que el ejército francés debia entrar triunfante en la capital del mundo cristiano. Destinado estaba por la Providencia para destruir la funesta demagogia en ella refugiada y restituir á su trono á la Majestad mas venerable de la tierra.

La apertura de la entrada en la ciudad papal del valeroso ejército mandado por el intrépido duque de Reggio la dejamos á la pluma del citado escritor Balleydier: despues reflexionaremos sobre este importante hecho histórico.

Hé aquí de qué manera se expresa dicho historiador:

«El dia 3, á las cinco de la tarde, el General en jefe al frente de su Estado mayor se dispone para hacer su entrada en la ciudad: abre la marcha un escuadron del primer regimiento de cazadores de á caballo; siguele un batallon de ingenieros, precediendo á un batallon de cazadores de infanteria y al 68.º regimiento de línea; viene despues el General en jefe solo, adelantándose como unos veinte pasos á su Estado mayor, y á los Estados mayores particulares de ingenieros y de artillería; los demás regimientos de la segunda division siguen sus huellas, y finalmente cierra la marcha el 11.º regimiento de dragones. Las tropas vestidas de gala, curtidas por el ardiente sol de Roma, marchan en buen orden al rededor de su gloriosa bandera y al son de sus músicas militares; sus frentes se muestran radiantes, sus ojos brillan; tienen el sentimiento de su valor, y saben que han representado dignamente á la Francia.

«Á su llegada á la puerta Portese, los gritos de ¡Vivan los franceses! resuenan por todas partes; las frentes se descubren, los pañuelos se agitan; las ventanas de las casas se llenan de espectadores que saludan con el gesto y con la voz á los valientes á quienes apellidan sus libertadores. Un entusiasmo general acoge al ejército francés á su entrada en el Transtiber; y este cuartel, que segun expresion de Mazzini debia servir de sepultura á los hijos de Brenno, es el primer paso de su triunfo; los transtiberinos baten sus manos, y llenan el aire con sus aclamaciones; sus ojos no despiden ni una sola mirada de odio; en sus cinturas no brilla el puñal, y sus labios no proferen ni un solo grito de venganza; sus labios, lo mismo que sus manos y sus corazones, solo tienen aplausos y acentos de gratitud para los descendientes de Carlomagno. Una multitud numerosa rodea el Estado mayor; todos se empujan al rededor del caballo montado por el General en jefe; todos quieren ver mas de cerca al General que ha vencido á las bandas revolucionarias; los gritos de ¡Viva Oudinot! se mezclan á los de ¡Viva la Francia! Mientras esto sucedia, preparanse en el Corso manifestaciones de distinto género; algunos hombres de siniestro aspecto y armados con pistolas recorren dicha calle en toda su extension, y obligan á cerrar las puertas y ventanas, gritando: «¡Desgraciados de los que miren pasar á los bárbaros; muera el que les dirija la palabra! los romanos deben recibir á sus opresores en medio de un sepulcral silencio.» Los revolucionarios aprovechan sus últimos momentos de poder

para ahogar la expansion de la gratitud por medio del terror y de las amenazas.

«El cortejo triunfal continuaba avanzando; mas al llegar á Monte-Sixto las aclamaciones cesan por momentos; la expresion de alegría, contenida por el sentimiento del miedo, solo se manifiesta por la agitacion de los pañuelos detrás de algunas celosías; en la plaza Farnesio la acogida es aun mas glacial; déjanse oír algunos silbidos en la calle Condotti: el piquete de nacionales que monta la guardia en la puerta del palacio Borghese no toma las armas para hacer los honores que se dan al paso de las tropas. El Corso está solitario, y las amenazas impiden la explosion de los sentimientos que animan á la poblacion, y obligan á esta á ocultarse en sus casas: todas las puertas y ventanas se mantienen cerradas, y solo se oye el mesurado paso de los soldados de la Francia. De repente algunos grupos escalonados de trecho en trecho exclaman: *¡No queremos mas Papas!* ¡abajo el gobierno de los curas! ¡viva la república romana! voces que, si bien ruidosas, quedan aisladas y sin eco, pues el pueblo ausente no toma en ellas la menor parte. El ejército francés no hace de las mismas caso alguno, y de este modo llega delante del café de las Bellas Artes, centro y foco de la demagogia, en una de cuyas ventanas una enorme bandera tricolor italiana, sosteniendo un gorro frigio, ondea orgullosamente sobre la frente de los soldados que lo han combatido. El general Carlos Levaillant dirige su caballo hácia la ventana que le sirve de apoyo, y por su orden tres tiradores se apoderan de la bandera y del gorro de tan sangrienta memoria: este incidente es seguido de un profundo silencio; los silbidos cesan, y el ejército prosigue su marcha. Al llegar el Estado mayor general á la plaza Colonna, divídense los numerosos grupos que la llenaban y rodean á nuestros jefes superiores; Cernuschi, miembro de la comision de barricadas, ceñido con una faja de diputado y llevando una bandera revolucionaria en la mano, la agita con insolencia delante de los franceses, al mismo tiempo que se profieren algunos gritos injuriosos para nuestras armas; al oírlos, el general Oudinot, seguido de algunos oficiales, dirige su caballo contra los perturbadores; los grupos se dispersan; Cernuschi desaparece, la plaza queda vacía, y los demagogos se precipitan en tropel en un café inmediato; el general Carlos Levaillant y dos oficiales de Estado mayor les persiguen, sin poner pié á tierra, en su retiro; algunos sablazos de plano castigan su imprudente provocacion; los demagogos imploran gracia, y el principio de motin queda reprimido sin efusion de sangre. Desde entonces no turbó incidente alguno la marcha del cortejo hasta llegar á la plaza de los Santos Apóstoles, donde el duque de Reggio echó pié á tierra para tomar posesion del palacio de la embajada de Francia, transformado momentáneamente en cuartel general.

«El primer cuidado del General en jefe fue dirigir á los romanos la siguiente proclama:

«¡Habitantes de Roma! La mision del ejército enviado á vuestro territorio por la República francesa es restablecer el orden reclamado tan ardientemente por los pueblos. Una minoría facciosa ó extraviada nos ha obligado á asaltar vuestras murallas, y, dueños de la plaza, cumpliremos nuestra mision. En medio de las demostraciones de afecto con que hemos sido recibidos, especialmente en los puntos donde los sentimientos del verdadero pueblo romano no pueden ser puestos en duda, se han dejado oír algunos gritos

AVISO.

Siendo el presente reparto el antepenultimo del tomo primero, recordamos a las muchas personas y corporaciones que han indicado pretensan adquirir la obra por tomos, se sirven avisarlo anticipadamente para que no lo reciban con retraso, que estara pronto disponible al precio de 50 rs. en rústica y 58 en piel de color y relieve, franco de porte. Dicho tomo costara de 608 paginas y 16 láminas.—El tomo segundo confiamos irlo publicando con la misma exactitud y puntualidad que el primero.

AVISO.

Siendo el presente reparto el antepenúltimo del tomo *primero*, recordamos á las muchas personas y corresponsales que han indicado preferían adquirir la obra por tomos, se sirvan avisarlo anticipadamente para que no lo reciban con retraso, que estará pronto disponible al precio de 50 rs. en rústica y 58 en piel de color y relieves, franco de porte. Dicho tomo constará de 608 páginas y 16 láminas.—El tomo *segundo* confiamos irlo publicando con la misma exactitud y puntualidad que el *primero*.

